



USAC
TRICENTENARIA
Universidad de San Carlos de Guatemala

El magisterio de **JUAN JOSÉ ARÉVALO**

Marco Vinicio Mejía



ISBN: 978-9929-662-04-9



9 789929 662049

El magisterio de **JUAN JOSÉ ARÉVALO**

Marco Vinicio Mejía



USAC
TRICENTENARIA
Universidad de San Carlos de Guatemala

Universidad de San Carlos de Guatemala
Instituto de Análisis e Investigación de los Problemas Nacionales

Primera edición digital, 2022

M.A. Walter Ramiro Mazariegos Biolis
Rector

Lic. Luis Fernando Cordón Lucero
Secretario General

Dr. Marco Vinicio Mejía Dávila
Director del IPNUSAC

Dr. Edgar Alfredo Balsells Conde
Coordinador Editorial

M. Sc. Ruth Elisabeth Avalos Castañeda
Profesional Investigadora

Licda. María del Rosario González Zetina
Diseñadora Gráfica

Licenciada Gloria Elizabeth Juárez Chegüén
Jefa de la Biblioteca Central USAC

Bibliotecóloga Sandra López
Procesos Técnicos, Biblioteca Central USAC

ISBN número 978-9929-662-04-9



Contenido

4	El magisterio de Juan José Arévalo
10	El sentido de identidad
37	Segunda Estación (1920-1944)
70	El humanismo pedagógico de Arévalo
92	La influencia del krausismo
109	El arevalismo, «amigo de los humildes»
134	El candidato blanco (1944-1945)
152	La Facultad de Humanidades (1931-1945)
163	«Las universidades son hijas del saber humanístico»
177	La hoguera inextinguible
188	Última estación
204	Bibliografía

EL MAGISTERIO DE JUAN JOSÉ ARÉVALO

El doctor Juan José Arévalo Bermejo era una personalidad compleja. No perdió el arraigo por la tierra de origen. Durante seis años de intensos estudios en Argentina anheló la concretización de sus ideales con la fundación de una Facultad de Humanidades.

El doctor Arévalo concibe la educación como un proceso de liberación espiritual. En la práctica política aplicó los principios de su humanismo pedagógico para formular un proyecto de emancipación mental. Su socialismo espiritual es

eminentemente ético. No es un modelo aplicable a todas las realidades y a todos los países.

Desarrolló un pensamiento de perfil propio, arraigado en Nuestra América y afincado en las particularidades, intereses y necesidades de nuestros pueblos. Hubo influencias en sus reflexiones y propuestas, pero supo escoger en qué fuentes abrevaría. Coincidió con algunos autores y discrepó de otros. Asimiló lo que consideró certero, en especial si se aplicaba a su principal proyecto de emancipación —tanto política como mental—, de Guatemala y Centroamérica. A partir de esa constatación, generó sus propias ideas.

Entre todas sus facetas predominó el maestro. Su vocación le vino del ejemplo de su madre. Demostró ser un normalista creyente y devoto. En el plano político adoptó una postura antiimperialista. Guatemala se convirtió en un campo de experimentación de dos imperios, dirigidos desde

Washington y Moscú. En el fiel de la guerra fría se encontraba una Centroamérica siempre debilitada por los localismos.

Desde su nacimiento hasta su muerte se vio confrontado por autoritarismos de distinto signo. Nació en el apogeo de la dictadura de Manuel Estrada Cabrera. Su alma y mente se ensancharon al trasladarse a la Argentina, en donde se nutrió con las esencias de la profesión en sus planos más elevados. Retornó para hacer valer su doctorado, pero tuvo que regresar al país austral después de soportar estoicamente las humillaciones del dictador de los catorce años.

A pesar de su consagración académica como Doctor en Educación, no renunció a reconocerse como un producto cultural del normalismo guatemalteco. En los estrados académicos y en la palestra política hizo y no solo pensó una filosofía social reformista y regeneradora. Su preferencia

por la ciencia de los valores, la axiología, condujo a asumir una postura ética en el comportamiento público. Es un raro ejemplo del político que rehusó el enriquecimiento fácil, ahora tan frecuente entre quienes se sirven de la gente, en lugar de servir y ser útiles.

Arévalo demostró su devoción por los alumnos. Defendió con firmeza los derechos del magisterio. En la presidencia de la república demostró el amor por la cultura, la pasión por la filosofía, el talento como escritor y su compromiso magisterial. En su fuero interno admitió que era un maestro de pueblo.

El magisterio de Juan José Arévalo Bermejo está presente en esta época de deshumanización. Las nuevas tecnologías de la información tienen embelesada a la juventud. Una pandemia de pesadilla provocó una especie de autismo. Las libertades están confinadas. Es el tiempo y llegó

la hora para realizar encuentros en terreno, donde coincidan estudiantes, docentes y profesionales de las ciencias de la Educación, junto con los trabajadores de la salud.

Es la hora de fortalecer los espacios de acompañamiento socioeducativo. El Estado ha sido debilitado, se agudizaron las vulnerabilidades y la niñez tiene limitado sus derechos de soñar, jugar y crecer en un ambiente libre de miedos. La liberación espiritual promovida por el doctor Juan José Arévalo Bermejo mantiene su vigencia, a fin de dar soluciones educativas a las problemáticas de salud, sociales, económicas, educativas y culturales de la población.



«Soy el pueblo y vengo a servir al pueblo» afirmó Arévalo antes de ganar las elecciones presidenciales en 1944. Obtuvo más de 85 por ciento de los votos a su favor.

EL SENTIDO DE IDENTIDAD

Taxisco se encuentra a los pies del Cerro de las Cruces, también llamado Cerro de Tecuamburro. En uno de sus extremos de este se localiza el pequeño volcán del mismo nombre. Desde el pueblo se aprecia la falda suave del volcán que cubre las emanaciones hogareñas de Chiquimulilla. Al contemplar al oriente del Tecuamburro asoma el macizo montañoso de Moyuta. Más allá se divisa el Izalco, con sus humaredas permanentes.

Al volver la vista al occidente, ubicado en el mirador más al sur de Taxisco, se avizora el Cerro

de La Gavia, escenario de guerrillas del siglo XIX. Más al poniente puede observarse la sucesión monumental del Pacaya, el volcán de Agua, la yunta volcánica del Acatenango y la cúspide astillada del volcán de Fuego. Si un espectador se coloca aún más al sur, comprobará cómo se ayuntan el Tolimán y el San Lucas. En un día diáfano puede atisbarse al final del horizonte la cumbre del Santa María, bastión de los parajes fríos.

En medio de este escenario telúrico, tierra de leche y de miel, nació Juan José Arévalo Bermejo, el 10 de septiembre de 1904. En el libro de registros de la municipalidad de Taxisco quedó inscrito como hijo de Mariano Arévalo Bonilla, agricultor, ganadero, originario y vecino de ese lugar, y de Elena Bermejo de Paz de Arévalo, Maestra de Instrucción Primaria, oriunda de Chiquimulilla.

Los taxistecos de principios del siglo XX estaban consagrados a la crianza y engorde de ganado y a la producción de leche, quesos, mantequilla, carne y cueros, actividades que permitían una valiosa contribución a la economía nacional. Los habitantes de Taxisco medían su riqueza por caballerías de zacatales, cabezas de ganado, litros de leche, botellas de crema, garlos de quesos y arrobas de cuero y de sebo.

En 1906, sobrevino la guerra con El Salvador, recordada como «la del Totoposte». Mariano Arévalo se integró en el ejército con el grado de capitán y participó en varias acciones cerca de los cerros de Mongoy. Las falsas noticias sobre su fallecimiento provocaron el pesar y la muerte de su madre Ana Clea. Un mes después cesaron las hostilidades. Mariano regresó a Taxisco, solo para llorar lo que reconoció como la mayor pérdida en la vida familiar.

Juan José fue compañero de la soledad de su madre, de quien recibió las primeras lecciones de estética. De sus labios escuchó sobre la existencia de mundos distantes, de gentes de otras culturas que empleaban diversas lenguas. «La madre maestra, la madre poetisa, la poetisa inédita, escribía así sus mejores versos, sus versos de oro y de miel, en el alma de su hijo».¹

En una tarde 1910, Juan José tomó un libro y empezó a silabear en voz alta, como resultado de su asistencia a la escuela pública, a donde fue enviado para apartarlo de las correrías con Cunco y Chanquín, muchachos de familia muy pobre y «amos de la calle». La rebeldía del niño cedió a medida que fue cautivado por la escuela. Poco después inició el aprendizaje en la doctrina católica, instruida por su pariente María Lázaro Arévalo. Esa preparación permitió que realizara su primera comunión, vestido de azul marino y

de zapatos nuevos. Esas fueron las primeras imágenes que quedaron grabadas en su mente:

«De la escuelita pública a la escuela de María Lázaro, de las escuelas al río, del río al monte, del monte a los caminos, de los caminos a los patios donde jugábamos cincos, tejo o salta-burro: así transcurrió aquel año, primero de que conservo memoria. Una infancia borbollante, entre solemne comunión y delectos en coro, trepar de árboles y persecución de culebras y cangrejos bajo las piedras de los ríos, o sacando de sus cuevas a las horripilantes “arañas de caballo” y el hartazgo de frutas tumbadas del palo por la propia mano con pericia de lapidantes. Biología, deporte, religión, alfabeto se trenzaron en aquel año».²

Doña Elena consideró que su hijo debía ser apartado del ambiente naturalista-cristiano en que se desenvolvía para ingresar en una cultura claustral. La maestra-madre resolvió enviarlo a la

capital de Guatemala cuando contaba seis años cuatro meses. Juan José consideró la expatriación como «un poco cruel». Después comprendió que esos sufrimientos tenían como propósito su ingreso a superiores instancias culturales. En la ciudad lo acompañó y cuidó el hermano mayor Javier Arévalo Pinto. Ambos ingresaron en la Escuela Normal Central de Varones, situada fuera de la capital en el entonces remoto paraje denominado Pamplona. Ese establecimiento estaba fusionado con el Instituto para la Educación de Indígenas, conocido como «la Normal de Indígenas».

Las clases iniciaron en enero de 1911. Había unos doscientos alumnos internos, distribuidos por edades en los dormitorios. Juan José fue ubicado en el número seis, en donde dormían los más pequeños, alrededor de veinte. El ambiente era insufrible debido a los parásitos en los dormitorios, la mala calidad de la comida y los maltratos físicos.

Las raciones eran magras durante desayunos y almuerzos, pero disfrutaban de una especie de compensación en la última comida cuando servían un sabroso arroz endulzado a base de rapadura, llamado «güifa». Ese manjar se convirtió en una especie de símbolo privativo de la Normal, al extremo que, en cierta ocasión en que dejaron de suministrarlo, los internados se declararon en huelga:

«Recuerdo como si fuera hoy la ira de los muchachos grandotes tirando piedras, garrotes, botellas vacías, vociferando contra las autoridades. Director, profesores e inspectores (los temibles tiranos en épocas normales) se escondieron esa vez».³

Se cursaban los seis años de Primaria, tres de Elemental y tres de Complementaria. Eran cuatro años de plan normalista. La escuela la dirigía

un pedagogo belga, Julio Connerot. El primer maestro de Juan José fue Jorge Hurtarte, a quien recordó como docente dedicado y persona digna. Connerot no soportó el régimen de Manuel Estrada Cabrera y se trasladó a El Salvador, seguido por Hurtarte. El director fue sustituido por un joven pedagogo guatemalteco, Mercedes Fuentes, quien democratizó la disciplina de la escuela. Esa innovación le costó una destitución humillante, en las postrimerías de 1912. En lugar de Hurtarte fue nombrado Abel Carrillo Ramírez, recordado como «duro» y «áspero».

Durante las vacaciones en Taxisco de 1911, los Arévalo se quejaron de las duras condiciones vividas en la capital, pero no lograron que aprobaran la interrupción de sus estudios. Para aliviar la situación, se agregó otro hermano, José Lino Arévalo Bonilla, de unos veinte años y quien en lugar de estudiar se encargó de vigilar que

Javier y Juan José fueran tratados «con algún sentido de humanidad».

Juan José no ocultó su admiración por la Reforma Liberal de 1871, la cual instituyó una «forma laica y democrática de preparar a los futuros trabajadores del aula». La Escuela Normal había instituido el 30 de junio como día festivo. El retrato de Justo Rufino Barrios era colocado al lado del de Estrada Cabrera, y el himno al primero «era tan obligatorio como el himno nacional».⁴

La intensificación de las quejas de los hermanos Arévalo por el trato recibido en la Escuela Normal provocó la conclusión del ensayo culturalista capitalino. En 1913, Juan José fue inscrito en el «Instituto Modelo de Taxisco», dirigido por Federico Valladares. En ese año estaba por concluirse la construcción de la nueva casa familiar, un «sistema» consistente en cinco edificios

construidos en el mismo sitio donde estuvo la casona de palma del abuelo Juan Arévalo Avalos. El Taxisco de entonces era atravesado por dos avenidas paralelas cortadas por siete calles transversales. Juan José trazó un plano del pueblo de mil habitantes, con unas doscientas casas, dos ríos y frondosos bosques. Las burlas de un pariente impidieron que conservara el dibujo.

Las excursiones a las vecinas Chiquimulilla y Guazacapán lo pusieron en contacto con manifestaciones culturales. En la primera se había organizado un equipo teatral que puso en escena las obras «Flor de un día» y «Espinass de una flor» de Camprodón. El tinglado lo armaron en mitad de la calle más ancha del pueblo. En Guazacapán se montaban farsas de moros y cristianos para las fiestas de Concepción, representadas en una tarima en el patio de la iglesia. Allí también presenció el «Médico a palos» de Molière.

Doña Elena de Arévalo organizó en Taxisco una compañía teatral. Su primera pieza fue «Tempestades del Alma» de Vicenta Laparra de la Cerda. Los papeles protagónicos estuvieron a cargo de María Luisa Godínez, Jovino Arévalo y María Lázaro Arévalo. Equipos de niñas mantuvieron los ensayos escénicos.⁵

En 1913, la familia Arévalo viajó a El Salvador para visitar a San Antonio del Monte, en Sonsonate. Al retornar fueron detenidos en Guaimango y conducidos a Ahuachapán, debido al reciente asesinato del presidente salvadoreño Manuel Araujo atribuido a Estrada Cabrera. Se dio la orden a apresar a todo guatemalteco que anduviera por los caminos. Permanecieron en la cárcel una noche y luego fueron escoltados por soldados salvadoreños hasta la frontera con Guatemala.⁶

En 1914, Juan José volvió a la ciudad de Guatemala, en donde fue inscrito en el colegio

católico «Domingo Savio». El centro educativo funcionaba al lado de la Iglesia de la Parroquia Vieja. El rector era el sacerdote Pedro Palacios, quien también era el párroco de la iglesia. La vida escolar se dividía en largos menesteres religiosos y cortos entreactos didácticos. Ante la carencia de certificados escolares, Juan José fue inscrito en el segundo año de la Elemental.⁷

En ese entonces la educación primaria se dividía en dos ciclos: la Elemental y la Complementaria, cada uno subdividido en tres años. Los alumnos iniciaban por tercera Elemental, luego accedían a la segunda y por último cursaban la primera. Si aprobaban la primera Elemental, eran inscritos en la tercera Complementaria, seguían con la segunda y concluían en la primera Complementaria. A los cuatro meses de estudiar en el «Domingo Savio», el niño Arévalo fue promovido a la primera Elemental gracias a que leía con fluidez.

A mediados de enero de 1915, los padres de Juan José dispusieron que ingresara a la tercera Complementaria en el Instituto Nacional Central de Varones. La institución estaba a cargo del General Enrique Arís, liberal rufinista, quien le formuló pruebas aritméticas en su despacho, las cuales no resolvió. Retornó a Taxisco para estudiar en un colegio privado dirigido por el maestro indígena Visitación Chamo, egresado de la Escuela Normal de Pamplona. Ese año escolar lo evocó por su fuerza vital educativa y no por la calidad didáctica de las enseñanzas recibidas. Era un ciclo «de repaso y de reposo» que le permitió la afirmación interior en el conocimiento de lo taxisteco.

A principios de 1916, Juan José tenía una cita de honor con el General Enrique Arís para poder ingresar al Instituto Nacional Central de Varones. De nuevo realizó el viaje hacia la ciudad de Guatemala, en compañía de su hermano Javier,

becario en el Conservatorio Nacional. Durante el trayecto, los hermanos recibieron la palabra sobria y amistosa del padre, quien los aconsejó con la autoridad que le reconocían. Su filosofía de hombre de aldea quedó grabada en su conciencia durante el resto de su vida. Logró la aceptación del director militar para cursar la tercera Complementaria. Su gran descubrimiento bibliográfico fue el libro Corazón, del escritor italiano Edmundo de Amicis, utilizado como libro de lectura. De las páginas de ese diario de un niño sus compañeros tomaron el apodo «Garrón», con el cual lo identificaron.⁸

En 1917 participó en las últimas «Minervalias», como llamaba Estrada Cabrera a las fiestas escolares de fin de año. Los instituteros pidieron armas verdaderas para el desfile, suministradas por el fuerte de Matamoros. El uso de fusiles se convirtió en suplicio. Descansaron hasta llegar al término de la marcha, ubicados entre el Templo

de Minerva y el Mapa en Relieve. Fue allí donde Arévalo escuchó el discurso bombástico dirigido al «Benemérito de la Patria» y «Protector de la Juventud Estudiosa».⁹

Entre 1917 y 1918 hubo un hito trágico en el talante de un pueblo y en la existencia de Juan José, quien se encontraba en Taxisco. Un temblor a las nueve y media de la noche del 25 de diciembre de 1917 fue el preludio del terremoto que se desencadenó una hora después. Desde entonces se sucedieron los movimientos sísmicos hasta el 24 de enero de 1918. La capital de Guatemala se saturó de escombros y pavor. Estrada Cabrera nombró al General Enrique Arís como encargado de organizar el socorro de los necesitados.

«Y se acabó mi ciudad Capital: la mía. La de los portales bulliciosos, la de los Corpus coloridos y alegres, la de los ciclistas saltantes y de los tranvías a sangre. El teatro Colón había caído, la plaza de

toros también no había un cine en pie, el colegio Domingo Savio en el suelo, el Instituto Central de Varones perdió sus techos y en los patios se hacinaban familias innumerables. La Normal de Pamplona, inservible. [...] Y “ya no más” colegios capitalinos para Juan José». ¹⁰

A comienzos de 1918 ingresó a la primera Complementaria en el Instituto de Oriente,¹¹ en Chiquimula, dirigido por Adrián Zapata. Aquel último grado de lo que ahora se denomina nivel primario era una especie de pequeño bachillerato con asignaturas como Química, Física, Historia Universal, Geografía, Teneduría de Libros, Gramática Castellana y Aritmética. Fue designado por sus compañeros como presidente de una sociedad literaria denominada «Ensayos del Verbo». Convertido en uno de los mejores estudiantes, concursó con el estudiante Alejandro Arturo Mayorga para ser promovido a primer

año de bachillerato, disputa de la cual se alzó triunfador, pero al final continuó en la primera Complementaria.

En 1918 viajó de emergencia a Taxisco al temerse la muerte de su padre, quien se recuperó. Regresó a Chiquimula a presentar los exámenes de fin de año. Durante las vacaciones en Taxisco se encontró con el azote de la llamada «influenza española» que cobró numerosas vidas en todo el país. En 1919 y 1920 fue el buen estudiante de siempre, pero su atención era una especie de vidrio roto al abrirse al mundo del erotismo y los sentimientos.

A principios de 1920, la convulsión política producida por la oposición al régimen de Estrada Cabrera condujo a la suspensión de clases en el Instituto de Chiquimula, situación que aprovechó para viajar a Taxisco en donde se sumó a la filial del Partido Unionista. El 9 de abril de 1920 un

bando público anunció que la Asamblea Nacional Legislativa había desconocido a Estrada Cabrera, por alteración de sus facultades mentales. En su lugar designaron como Presidente Provisional a Carlos Herrera. Los pobladores de Guazacapán y Taxisco se organizaron para atacar al destacamento de Chiquimulilla, cuyo comandante se resistía a reconocer al nuevo gobierno. La huida del jefe militar evitó el enfrentamiento y los unionistas fueron «recibidos con vítores». Juan José «marchaba en honrosa primera fila, con la cara encendida de sol» y «con un fusil en las manos». ¹²

La convulsión política de 1920 alcanzó al Instituto de Oriente, en donde hubo cinco directores. El 4 de agosto nombraron al sexto, Adrián Zapata, en quien los alumnos percibían «la personificación de un sistema funesto, y su retorno a la Dirección permitía suponer el resurgimiento de una dictadura

escolar fuera de época». Hubo una huelga, Juan José regresó a Taxisco y quiso hacer valer ante sus padres la palabra de honor de que no permanecería en el INVO mientras estuviera Zapata de director.¹³

Arévalo reconoció que, durante los tres años vividos en Chiquimula, la ciudad se grabó en la profundidad de su memoria, «como un conjunto de bellos telones sentimentales». Allá estalló su adolescencia, con todo su «aparato dramático, placentero y doloroso al mismo tiempo». Ese derramamiento interior se daba sobre todo con el descubrimiento de la sexualidad, sin dejar de amasar «una cultura que no por escolar y elemental deja de ser el sólido fundamento de lo que seremos siempre. Si la edad juvenil da las normas para el resto de nuestra vida, la adolescencia ha dado los cimientos de la personalidad»¹⁴

Juan José reconoce la importancia de su estadía en la ciudad al nororiente de Guatemala: «Chiquimula me dio las mejores piedras para poder alcanzar, corriendo mundo, mayores instancias de saber y mejores ímpetus de vida».¹⁵

La relación entre memoria e identidad conduce a constatar que el núcleo de cualquier identidad individual o grupal se liga a un sentido de permanencia (de ser uno mismo, de mismidad) a lo largo del tiempo y del espacio. Cuando se puede recordar y rememorar algo del propio pasado, la identidad se sostiene. La relación es de mutua constitución en la subjetividad. Ni las memorias ni la identidad son «cosas» u objetos materiales que se encuentran o pierden.

«Las identidades y las memorias no son cosas sobre las que pensamos, sino cosas con las que pensamos. Como tales, no tienen existencia fuera

de nuestra política, nuestras relaciones sociales y nuestras historias». ¹⁶

Esta relación de mutua constitución implica un vaivén. Con el fin de fijar ciertos parámetros de identidad (nacional, de género, política o de otro tipo) el sujeto selecciona ciertos hitos, ciertas memorias que lo ponen en relación con «otros». Estos parámetros, que implican al mismo tiempo resaltar algunos rasgos de identificación grupal con algunos y de diferenciación con «otros» para definir los límites de la identidad, se convierten en marcos sociales para encuadrar las memorias.

Algunos de estos hitos se tornan, para el sujeto individual o colectivo, en elementos «invariantes» o fijos, alrededor de los cuales se organizan las memorias. Pollak (1992) señala tres tipos de elementos que pueden cumplir esta función: acontecimientos, personas o personajes, y lugares. Pueden estar ligados a experiencias vividas por

la persona o transmitidas por otros. Pueden estar empíricamente fundados en hechos concretos, o ser proyecciones o idealizaciones a partir de otros eventos. Lo importante es que permiten mantener un mínimo de coherencia y continuidad, necesarios para el mantenimiento del sentimiento de identidad.¹⁷

La constitución, la institucionalización, el reconocimiento, la fortaleza de las memorias y de las identidades se alimentan mutuamente. Hay, tanto para las personas como para los grupos y las sociedades, períodos «calmos» y períodos de crisis. En los períodos calmos, cuando las memorias y las identidades están constituidas, instituidas y amarradas, los cuestionamientos que se puedan producir no provocan urgencias de reordenar o de reestructurar.

La memoria y la identidad pueden trabajar por sí solas y sobre sí mismas, en una labor de mantenimiento

de la coherencia y la unidad. Los períodos de crisis internas de un grupo o de amenazas externas generalmente implican reinterpretar la memoria y cuestionar la propia identidad. Estos períodos son precedidos, acompañados o sucedidos por crisis del sentimiento de identidad colectiva y de la memoria. Son los momentos en que puede haber una vuelta reflexiva sobre el pasado, reinterpretaciones y revisionismos. Estos también implican cuestionar y redefinir la propia identidad grupal.

Para reafirmar la identidad colectiva alrededor del Instituto Normal para Varones de Oriente (INVO), al cumplirse el centenario de ese establecimiento Arévalo sostuvo:

«Anda muy repetida la opinión de que, en general, nuestra memoria conserva algunos recursos y “pierde” otros; entre éstos que pierde estarían los que no aprovechan para la magnífica idea

que cada uno de nosotros tiene de sí mismo. Y ando con muchos deseos de escribir algo sobre la materia, para afirmar que la memoria es la fragua donde fabricamos los recuerdos, mezclando datos dispersos, más o menos afines, más o menos coetáneos, como que para escribir *Memorias de Aldea y La Inquietud Normalista*, tuve que trabajar mucho hasta “depurar” recuerdos erróneos, echados a perder por esa mezcla de impurezas que involuntariamente producimos al afirmar que algo fue así o asá». ¹⁸

BIBLIOGRAFÍA

1. *Memorias de aldea*, 2a. Edición. Edita, Guatemala, 1980, pág. 52.
2. *Ibidem*, pág. 58.
3. *Ibidem*, pág. 69.
4. *Ibidem*, pág. 74.
5. *Ibidem*, págs. 98-99.
6. *Ibidem*, págs. 99-100.
7. Miguel Ángel Asturias estudió los últimos años en la primaria en ese establecimiento, entre 1909 y 1911.
8. *Memorias de Aldea*, págs. 201-215.
9. *Ibidem*, págs. 218-221.
10. *Ibidem*, pág. 239.
11. Instituto Normal para Varones de Oriente (INVO).
12. *Memorias de Aldea*, pág. 317.
13. *Ibidem*, págs. 320-322.

14. *Lo que no dije en Memorias de Aldea*. Editorial José de Pineda Ibarra, Ministerio de Educación, Guatemala, 1973, págs. 19-21.
15. Ibidem, pág. 21.
16. Jelin, Elizabeth. *¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?* Los trabajos de la memoria. Siglo Veintiuno editores, España, 2001, pág. 7.
17. Citado por Jelin, Elizabeth. *Ob. Cit.*
18. Arévalo Bermejo, Juan José. *Lo que no dije en Memorias de Aldea*. Editorial José de Pineda Ibarra, Guatemala, 1973, págs. 14-15.



Fotografía familiar, Taxisco, 1925. De izquierda a derecha: Elena Bermejo de Arévalo, Mariano Arévalo, María Enriqueta Arévalo (sentada), Blanca Arévalo, Juan José Arévalo, Elena de Jesús Arévalo y Mariano Arévalo Bonilla. Dominio público.

SEGUNDA ESTACIÓN (1920-1944)

En 1921 Juan José Arévalo ingresó en la Escuela Normal Central, donde hizo contacto con las ideas de José Vasconcelos, Víctor Mercante, Alfredo M. Aguayo, Domingo Faustino Sarmiento y Patrascoiu. Se comprometió de manera definitiva con la Pedagogía al graduarse de maestro de Instrucción Primaria con la tesis *Metodología de la Enseñanza de la Lectura Inicial*, con la cual criticó los sistemas en uso. En ella expresó su opinión favorable al método de «palabras normales», entonces llamado «método ecléctico».

Inició su práctica profesional en la Escuela Normal en 1923, al hacerse cargo del cuarto grado de primaria. Al año siguiente le encomendaron el sexto grado en el mismo establecimiento. Fueron dos años en que trabajó con «fervor docente».¹⁹

A mediados de 1924 renunció a esta labor debido a diferencias con el recién nombrado director del plantel. Buscó trabajo en la Dirección General de Escuelas Primarias. Lo designaron director departamental de los centros educativos de Escuintla. La nueva experiencia permitió que conociera otros ángulos de la profesión como visitador pedagógico. Lo trasladaron con el mismo cargo al departamento de Jalapa y retornó a la Ciudad de Guatemala como jefe de la Sección Técnica de la citada Dirección General de Escuelas Primarias.²⁰

A comienzos de 1925 desempeñó el puesto de inspector general del Instituto Centroamericano

para Varones de Jalapa, en donde también impartió las cátedras de Geografía e Historia de Centroamérica y de América. En octubre de 1925 obtuvo el grado de bachiller en Ciencias y Letras, luego de presentar una tesis sobre Martín Lutero.²¹

En 1926 lo llamaron para colaborar como secretario de la Escuela Normal. Dejó el puesto para desempeñarse como jefe del Almacén Escolar en la Dirección General de Escuelas. En esos años, las promociones de normalistas y de maestros miraban más allá de la misión estrechamente didáctica. Sus anhelos eran «proyectar la obra educativa por encima de los niños, saltando sobre los muros de la Escuela».²²

A Arévalo lo designaron director honorario de la revista normalista Hebe, en la cual apareció una especie de proclama titulada *Patria Verdadera*. «Guatemala necesita: ciudadanos probos, padres amorosos, obreros honrados, comerciantes

justos, agricultores capaces, profesionales dignos, gobernantes conscientes, representantes celosos, militares fieles, intelectuales preparados. Pero todo esto se obtiene solamente ejerciendo una profunda acción moralizadora en la conciencia de cada uno: y la conciencia de todos se halla en manos del maestro. Cuando el magisterio sea considerado por el Estado como la más elevada de las profesiones y cuando el semillero que se llama Escuela Normal sea colocado en el primer puesto, sobre todos los demás centros culturales, entonces tendremos verdaderos maestros y como consecuencia Patria verdadera».

En ese 1926 compuso el *Método Nacional para aprender simultáneamente Dibujo, Escritura y Lectura*, destinado a los niños que aprenderían a leer. Se inspiró en la pedagogía experimental del pedagogo alemán Ernesto Meumann. La obra iba acompañada por el prontuario para maestros

denominado *Guía del Método Nacional*. Ambos libros fueron dados a la estampa en París en 1927. Su autor viajó para vigilar la edición. En el viaje de retorno se detuvo en México, país guiado por los principios de la Pedagogía Social.

El *Método Nacional* se basaba en las palabras «normales»- Cada una de ellas era concebida como un «conjunto de frases mentales que el niño conoce muy bien y que las construye inmediatamente que ve la palabra generadora». Aparte, criticó los horarios y la distribución de espacios físicos para la enseñanza como esbozo del nuevo modelo de edificio escolar que más tarde llamaría «Escuela Tipo Federación».

En la obra citada también se mostró partidario del semestre en los cursos de la escuela primaria al asegurar que «la Pedagogía Experimental se ha detenido sobre el particular y ha encontrado en el semestre la única solución a infinidad de

problemas que preocupaban a los educadores». En diciembre de 1925 presentó un Proyecto de Reforma del Plan de Estudios para el Magisterio, en el cual los estudios aparecían distribuidos en semestres. El ministro de Educación no aprobó la propuesta.

Durante su permanencia en París concibió el «Ateneo Norma», cuyas finalidades eran redimir a los niños guatemaltecos; crear el Magisterio Nacional mediante el fomento de la dignidad y la eficiencia en cada uno; estudiar las condiciones imperantes en la escuela nacional; hacer llegar a Guatemala todas las publicaciones pedagógicas del extranjero; celebrar el Primer Congreso General de Maestros; formar la Caja de Ahorros del Magisterio y, crear la Didáctica Nacional. El mencionado «Ateneo Norma» fue fundado en Guatemala el 3 de junio de 1927.

A las pocas semanas de su retorno de Europa, participó en el concurso para optar a una beca de estudios superiores. Ganó el primer puesto y lo destinaron a la República Argentina. Arribó a Buenos Aires en octubre de 1927, en donde participó como representante del Ministerio de Educación de Guatemala en la Conferencia Internacional del Magisterio Americano efectuada en enero de 1928. Esa participación le permitió comprender la nueva misión asignada a las universidades por el Movimiento Reformista de Córdoba (1918). Entre las bases del cambio universitario estaban la participación estudiantil en el gobierno de los claustros superiores, la asistencia y la docencia libres, el sentido social de la acción universitaria, el iberoamericanismo para enfrentar el coloniaje cultural y la democratización interna de las universidades.

El diario *La Prensa* de Buenos Aires censuró el tono contestatario de la reunión internacional con el editorial titulado «¿Maestros o Revolucionarios?». Los directores de la convención solicitaron a Arévalo responder al ataque. Este dio una conferencia en la «Casa del Pueblo» que, días después se publicó en la *Revista Universitaria* de la capital argentina con la misma pregunta del agresivo texto periodístico.

En marzo de 1928 se inscribió como estudiante en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata. Los cursos de Pedagogía lo llevaron a tomar contacto con las obras originales de la Pedagogía clásica: Platón, Quintiliano, Comenio, Rousseau, Pestalozzi, Fichte, Herbart, Spencer; los de Filosofía lo obligaron a leer Aristóteles, San Agustín, Descartes, Kant y Schopenhauer. En Historia trabajó con las ideas de Sarmiento y de Alberdi.²³

Interrumpió sus estudios por el viaje a Guatemala en 1931. Eran los tiempos de la toma de posesión de Jorge Ubico como presidente de la República. A finales de febrero de ese año dio la conferencia «La Nueva Universidad Argentina» en la Escuela de Derecho. En la intervención explicó el proceso seguido por la educación superior argentina a partir de la reforma universitaria de 1918, «obra de las estudiantes y no de los profesores». Subrayó el esfuerzo de romper los esquemas de la «vieja universidad» y el deseo de superar la mentalidad científicista para volver por los fueros de la investigación filosófica con la afirmación «ya no más Positivismo: volvamos a la Metafísica».

La Universidad debía ser autónoma frente al Gobierno, con los estudiantes involucrados en su dirección. Los claustros se abrirían para permitir la concurrencia de los jóvenes en condiciones económicas limitadas. Los catedráticos debían

ser investigadores y no solo enseñantes. Los exámenes se efectuarían por sorteo de temas y no por preguntas al capricho de los profesores. Los estudiantes tenían la obligación de llevar al pueblo «su palabra de aliento, de estímulo, de información y nociones culturales». Finalizó la conferencia al destacar la necesidad de fundar en Guatemala una Facultad de Filosofía y Letras, «en donde tengan cabida todos los altos estudios hasta hoy despreciados y donde fructifique la actividad intelectual femenina, apagada en el país. Un Instituto de investigaciones históricas, un Instituto de Literatura, un Instituto de Filosofía; esa sería la arquitectura de una Facultad llamada a acoger a todos los talentos superiores de Guatemala».²⁴

El 15 de marzo del mismo año se dirigió a la Sociedad de Auxilios Mutuos del Magisterio para desarrollar el tema de las relaciones entre el magisterio y el Estado. Advirtió que no debía

confundirse al Estado «impersonal» —el cuerpo de leyes que sustentan la vida pública— con el Gobierno conformado por los equipos humanos que administran esas leyes. Afirmó que el magisterio «debe lealtad al Estado y respeto al Gobierno», sin que el Gobierno politice a los maestros. Los docentes debían batallar para reformar las leyes a fin de beneficiar la profesión y a sus servidores.²⁵

Poco después pronunció otra conferencia, «Algunos aspectos de la Escuela Argentina»,²⁶ en la Escuela Normal Central para Varones. En la alocución expuso las influencias filosóficas y pedagógicas recibidas en ese país meridional, la vehemencia metodológica, las grandes Escuelas Normales, además de referirse a la organización federal del sistema escolar argentino, así como a su funcionamiento en Buenos Aires. Afirmó que el clima social pedagógico imperante en Argentina era el «eco perdurable de la obra de Sarmiento».

En relación con la «Nueva Educación», puntualizó que en Platón hubo un pedido de reformas pedagógicas. Los reclamos por una nueva educación en Argentina se limitaban a la niñez. Para Arévalo, el problema educativo es un problema filosófico, pues perdura eternamente, sin solución definitiva, calificándolos de «problemas perpetuos». De ahí el «alto significado» de la Historia de la Pedagogía al mostrar los seculares intentos de arreglo.

Al final de su exposición se refirió a los postulados de cierto escepticismo pedagógico, «de gran solidez lógica pero fundamentalmente estéril». Esa postura sostiene que la escuela se encuentra fuera de la vida. Ambas realidades, la escuela y la vida, están enfrentadas, por lo que «en nuestro tiempo hay mucho empeño por armonizarlas». La escuela no ha respondido a las necesidades reales de la vida, pues fue tomada como instrumento de

domesticación del niño, tanto a favor del Estado como de la Iglesia. Desde el punto de vista social, la educación se convirtió en la «imposición de normas consideradas como útiles por los adultos». Esas imposturas se repiten en lo moral y en lo político. No hay experiencia que valga en la vida y el espíritu es «actualidad pura».²⁷

Al retornar de Guatemala a La Plata, Arévalo presentó los últimos exámenes que le valieron recibir en 1932 el diploma de Profesor de Enseñanza Secundaria en Filosofía y Ciencias de la Educación. Con ese título se inscribió en el programa de Doctorado que imponía dos años más de estudios. Su tesis, *La Pedagogía de la Personalidad*²⁸, se inspiró en el pensamiento del alemán Rodolfo Eucken, filósofo innovador, educador y escritor que fue galardonado en 1908 con el Premio Nobel de Literatura.

Eucken se opuso al positivismo y naturalismo que dominaron el pensamiento europeo a fines del siglo XIX. Propuso un retorno a la Metafísica por medio de un idealismo que hace énfasis en las fuerzas irracionales como motores de la vida. Se debe exaltar las verdades y valores eternos con la creación de bienes espirituales. La misión de la Filosofía es lograr un mundo espiritual superior a la Naturaleza, sin abandonar a esta. Es una Filosofía de los Valores, en cuyo centro se encuentra el concepto de personalidad al que se agregan aspectos políticos, liberales y socializantes. Esta postura filosófica requiere de la Pedagogía el cultivo de la personalidad del niño, concebido como ser activo que sería educado para sí mismo a fin de elevarlo, de simple individuo a personalidad autónoma.

De las formulaciones de Eucken surgió una nueva doctrina educativa, cultivada por Gerardo Budde,

Hugo Gaudig y Kurt Kessler. Estos autores admiten el concepto de personalidad como el centro de la actuación pedagógica. Sostienen el clima axiológico de la filosofía de Eucken, pues sus sistemas pedagógicos giran alrededor del valor. La actividad es el principio que define la vida del hombre y del niño. La personalidad del maestro la elevaron a planos superiores, aunque siempre «al servicio de la personalidad en desarrollo». Esta formulación pedagógica es nacionalista, socializante y globalista, pues involucra todos los aspectos de la vida.

Arévalo coincide en general con esta concepción filosófico-pedagógica. Agrega la propuesta de definir la personalidad en forma pluralista y no de manera lineal. Esta no va por un solo camino. Se subdivide de acuerdo con los valores supremos de la vida humana. Al considerar que los valores supremos son el placer, el poder, el saber y el ser,

sostiene la filosofía de los valores y la pedagogía de la personalidad.

Los estudios de doctorado de Arévalo lo pusieron en contacto con la obra de pedagogos y filósofos como Spranger, Cohn, Gentile, Nietzsche, Scheler, Husserl, Heidegger, Kerscheneiner, Claparède, Tolstoi, Natorp y Ortega. El 5 de mayo de 1934 aceptaron la defensa de su tesis lo que le valió obtener el título de Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación. Admitió que la vinculación entre filosofía y pedagogía lo convirtió en un pensador de mayor solidez conceptual. La Filosofía dio mayor profundidad a sus escritos, obligándolo a ser más sobrio y preciso como reveló en su libro *Viajar es vivir* de 1933.²⁹

En 1962 Arévalo admitió: «*Viajar es Vivir* fue como el canto del cisne respecto a mis sueños literarios de juventud. Mis lecturas filosóficas en la universidad transformaron mis métodos de trabajo intelectual,

y con los métodos mi estimativa literaria. Me apasioné por los problemas filosóficos y llegué a soñar en ser yo también un pensador universalista. Filosofía y pedantería andan siempre juntas, y por aquella época llegué a sentir lástima de los poetas y de los novelistas. Como también llegué a sentir desprecio por los políticos».³⁰

En junio de 1934 retornó a Guatemala. Su propuesta de fundar una Facultad de Filosofía y Letras o de Humanidades en la Universidad la ignoró el Gobierno. Lo designaron inspector general de escuelas. El cargo resultó «inoperante» ya que él era el único inspector escolar en toda la república. Meses después lo nombraron oficial mayor del Ministerio de Educación, en donde promovió una nueva actitud política hacia el magisterio. En distintas publicaciones desarrolló una prédica reformista en asuntos magisteriales y promovió la creación de la Facultad de Humanidades.

En el *Boletín de la Biblioteca Nacional* publicó ensayos de orientación filosófica y pedagógica: «La Definición de lo Trascendental en la Crítica de la Razón Pura», presentado en uno de los cursos de la Facultad de La Plata; «Cinco Centavos de Axiología», referido a los orígenes de la Filosofía de los Valores; «Distancia, Conocimiento, Intimidad», y una serie de retratos de personalidades argentinas. En esa época se publicaron los libros segundo y tercero de Lectura, de los que fue coautor y su *Geografía Elemental de Guatemala*.³¹

En mayo de 1936 renunció al puesto de oficial mayor para buscar trabajo como docente en Argentina. En el tránsito de Hamburgo a Buenos Aires escribió el ensayo «Las Cuatro Raíces del Servilismo», en el que comparó la situación política de Guatemala con la Alemania nazi. Llegó a la capital argentina en diciembre de 1936. En marzo del siguiente año lo designaron catedrático de Introducción a la

Literatura en la Universidad Nacional de Tucumán. Al mismo tiempo le confiaron la cátedra de Ética en la Escuela Vocacional «Sarmiento», dependiente de la Universidad y dedicada a la preparación de maestras de instrucción primaria.

A los pocos meses se desempeñó como secretario de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, donde estudió. En 1938 ganó el concurso para profesor adjunto en la cátedra de Ciencias de la Educación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, a la cual se incorporó en 1939. Las pruebas de oposición lo llevaron al reencuentro con los fundadores de la Filosofía de los Valores y con pedagogos europeos que la aplicaron como Ernesto Dürr, Hugo Münsterberg, Jonas Cohn, Guido Della Valle y Julio Wagner.

Desarrolló su tesis doctoral con un nuevo capítulo titulado «Axiología, resentimiento y personalidad» en el que afirmó que «la Filosofía de los Valores ha puesto a la Filosofía más cerca del hombre». Las generaciones anteriores heredan las valoraciones por medio de la educación, pero cada persona las vive de nuevo y las reordena, al punto que cada uno establece su propia escala. Genéricamente, el hombre es un resentido. Esa dolencia se cura con la generosidad, manifestada como voluntad de ficción y voluntad de olvidar. La axiología no queda invalidada y no se determina una escala universal de valores para la pedagogía. La vivencia axiológica implica madurez espiritual que no la ofrecen los educandos sino la lucen los maestros. La Pedagogía de los valores permite iniciar a los alumnos en una visión axiológica del mundo, la vida y el ser humano. La iniciación es posible con la firmeza y el sacrificio de docentes ejemplares, «prontos para el gesto educador y la palabra sabia,

portadores de generosidad en la que se olvida lo mezquino y se encarecen las hebras de nobleza que surcan nuestra vida». ³²

Las clases sobre Psicología de la Adolescencia permitieron que profundizara en la obra de autores como Spranger y Mendousse. El resultado fue la redacción del Libro *La Adolescencia como Evasión y Retorno*.³³ El aporte de Arévalo Bermejo es notable para la comprensión de esa etapa. Los psicólogos estadounidenses y europeos solo habían advertido hasta ese entonces la «evasión» de los adolescentes como manifestación del desagrado y la rebeldía contra el ambiente y los personajes «culpables» que los rodean. Obviaron el «retorno» hacia ese medio una vez que se han «curado» de su actitud de aspereza y alejamiento.

Arévalo explica el proceso que experimenta el adolescente al «detenerse» en la evasión y principia el retorno a la vida normal. En el capítulo

final del libro, «Bases para una Pedagogía del Retorno», advierte que los problemas pedagógicos manifiestos en los últimos años de la escuela primaria, toda la educación secundaria y los primeros años de la Universidad, requieren el cumplimiento íntegro y natural de la curva axiológica de la adolescencia (evasión y retorno). El descubrimiento del «Yo» produce en el joven una «modalidad externa de caracteres antipáticos» por lo que padres y maestros han de responder de manera simpática.

El gran principio educativo de la adolescencia consiste en «mirar con simpatía lo antipático». Poco después ha de procurarse que el adolescente entre en contacto con personas valiosas. Luego viene la experiencia de los primeros amores que representan un alto sentido educativo. El enamoramiento no debe estorbarse, antes bien reconocer y respetar su importancia, en especial

con un «noble silencio». Al final se presenta el afán de los adolescentes en demostrar sus capacidades.

Ante esa necesidad de reconocimiento conviene una «vuelta al taller» para el encuentro de las habilidades socialmente útiles. Así se dominará una ocupación concreta para lograr el desarrollo normal de las energías. Granjas, talleres, oficios diversos, artesanías, unidades de transporte, fábricas, tiendas de comercio, hospitales, laboratorios, etcétera, son focos «económicamente naturales dentro de la sociedad» que requieren un aprendizaje manual y espiritual desde la educación inicial. No debe procurarse una simple ocupación escolar sino la vuelta a la sociedad de los productores como expresión de la alianza de la escuela y el taller normal. El aprendizaje de los oficios se efectuará de forma simultánea a la cultura intelectual. Es la mejor vía para que

los adolescentes «retornen definitivamente a su mundo».

En 1939 tuvo la oportunidad de «explayarse doctrinariamente». En la Revista de Pedagogía editada en Tucumán se incluyó su ensayo «Marco social de la Educación en Nuestra América».³⁴ En el texto advirtió que la educación no debía mantenerse solo en el plano escolar. El entorno social debe incorporarse al hacer educativo de los maestros. En los países latinoamericanos, la cultura es patrimonio de las capitales y las urbes mientras en el resto de los territorios apenas alcanza planos mínimos. Hay resabios coloniales y se discrimina a indígenas y campesinos. La misión de la escuela es contribuir a la erradicación de esos males sociales, políticos y espirituales. Las «clases» sociales llamadas «superiores» ejercen un dominio irregular y se explota a las masas.

La escuela debe contribuir a la difusión de la solidaridad de origen cristiano «dentro de un estilo democrático de vida». El educador en América continúa como un profesional «sin garantías, sin seguridad económica, sin acceso a la cultura superior». De ahí que se propicie un nuevo sistema escolar, regulado legalmente y controlado por los técnicos de la educación. Se trata de la misma pedagogía social y política que propuso en la revista *Hebe* de los normalistas guatemaltecos.

En 1941 lo contrataron para dirigir técnicamente la Escuela Normal «Juan Pascual Pringles», en la provincia de San Luis. Propuso un nuevo Plan de Estudios de seis años, el cual fue aprobado y puesto en marcha. Al mismo tiempo proyectó el Instituto Pedagógico en San Luis, fundado a principios de 1942 y cuya organización y dirección le fueron confiadas.

En el discurso de inauguración de ese instituto destacó que el siglo XX era el siglo «del retorno a la Filosofía» y las Humanidades recuperaban su rol de vanguardia. Las universidades surgieron en Grecia para enfrentar el «modo gregario y rudimentario de vivir». La Filosofía permite al ser humano volver a sus profundidades interiores con el propósito de «compensar la sensualidad de la vida con meditaciones en el plano superior de los valores». La Filosofía tiene un lugar preeminente en las universidades, ya que el ser humano solo llega a ser humano por ella. El Instituto Pedagógico surgió como «centro de agitación espiritual» y de investigación de las ideas. La Pedagogía se originó con las Humanidades y las complementa como saber que ayuda a niños y jóvenes durante su dramático desarrollo interior. Es una ciencia sustentada en la fraternidad como el rasgo de mayor nobleza del hombre. Arévalo Bermejo definió la Pedagogía como «la teoría

de las influencias formativas que una conciencia ejerce sobre otra» y uno de sus postulados es «el respeto de la personalidad ajena».³⁵

En el Instituto Pedagógico de San Luis tomó a su cargo la cátedra de Introducción a la Pedagogía. El desarrollo del curso permitió que expresara sus ideas fundamentales en la materia, publicadas hasta 1988.³⁶ El mismo curso lo impartió en Caracas en 1959-1961.

En 1941, en San Luis, realizó una encuesta sobre un tema de Psicología, Pedagogía y Filosofía. Los alumnos de las dos escuelas normales de la ciudad respondieron cinco preguntas sobre la amistad. La lectura e interpretación de las 865 respuestas que recogió las dio a conocer hasta 1985 en Guatemala, con el título *El Concepto de Amistad*. El punto de partida para valorar los resultados de las respuestas de los escolares era la afirmación de que la vida es juego de fricción y

preferencias. En base a esa proposición, la amistad es un caso «típico» de preferencias humanas y, en las confesiones de los alumnos, quiso averiguar «cuál es el clima axiológico dentro del que se desarrollan las amistades». ³⁷

A comienzos de 1943 la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza lo invitó para dar los cursos de Pedagogía del último año en el Plan de Estudios de la Facultad de Filosofía y Letras. Al mismo tiempo lo nombraron inspector de los establecimientos de segunda enseñanza, dependientes de esa universidad en las ciudades de Mendoza, San Luis y San Juan. En ese entonces lo designaron asesor de la Inspectoría General de las Escuelas de la Provincia de Mendoza. En junio de 1943, el Golpe de Estado contra el gobierno constitucional en Argentina provocó que el cambio de autoridades en la Universidad de Cuyo imprimiera una

«orientación nazifascista» a esa casa de estudios. Dejó Mendoza al finalizar el año.

La Universidad Nacional de Tucumán lo llamó a comienzos de 1944 para hacerse cargo de tres cátedras en su Facultad de Filosofía y Letras. Allí recibió el llamado del Partido Renovación Nacional para retornar a Guatemala como candidato presidencial. Interrumpió su labor docente durante un largo período, pero la Presidencia le dio la oportunidad de llevar a la práctica sus doctrinas pedagógicas.

BIBLIOGRAFÍA

19. *La inquietud normalista. Estampas de Adolescencia y Juventud. 1921-1927*, 1a. Edición, Editorial Universitaria de El Salvador, 1970, págs. 63-80.
20. *Ob. Cit.*, págs. 81-98.
21. *Ob. Cit.*, págs. 99-122.
22. *Ob. Cit.*, págs. 123-188.
23. *La Argentina que yo viví (1927-1944)*. B. Costa-Amic Editor, México, 1974, págs. 111-202.
24. *Escritos Pedagógicos y Filosóficos*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1945, págs. 71-96.
25. *Escritos Complementarios*. CENALTEX, Ministerio de Educación, 1988, pág. 200.
26. *Escritos Pedagógicos y Filosóficos*. *Ob. Cit.*, págs. 97-123.
27. *Escritos Pedagógicos y Filosóficos*. *Ob. Cit.*

28. Escrita en 1934. Publicada por primera vez en La Plata, en 1937. Segunda edición, Guatemala, 1945. Tercera edición, Buenos Aires, 1957.
29. *La Argentina que yo viví. Ob. Cit.*, págs. 237-275.
30. Guillén, Fedro. *Con el Doctor Juan José Arévalo*. Revista Tareas, No. 7, Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Panamá, 1962, pág. 36.
31. *Geografía Elemental de Guatemala*. Editores Byron Zadik & Cia. Guatemala, 1936, 122 págs. Dibujos cartográficos de J. Galguera.
32. En: *Escritos Complementarios. Ob. Cit.*, pág. 211. La tesis de doctorado la publicó oficialmente la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires (Instituto de Didáctica) en 1939.
33. Edición oficial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires: 1941. Segunda edición: 1945, Guatemala. Tercera: 1949, Guatemala.
34. Revista de Pedagogía, noviembre de 1939. Lorenzo Luzuriaga Ed., Tucumán, Rep. Argentina, año I, No. 6. Incluido en *Escritos Pedagógicos y Filosóficos. Ob. Cit.*, págs. 33-45.

35. En: *Escritos Pedagógicos y Filosóficos. Ob. Cit.*, págs. 139-151.
36. *Escritos Complementarios. Ob. Cit.*, págs. 259-309.
37. *El Concepto de Amistad según los escolares.* Cenaltex, Ministerio de Educación, 1985, pág. 10.



Conferencia en la Escuela Normal «Juan Pascual Pringles», en la provincia de San Luis, República Argentina (1941). Fotografía proporcionada por Bernardo Arévalo de León.

EL HUMANISMO PEDAGÓGICO DE ARÉVALO

A su llegada a Argentina en 1927, Juan José Arévalo se dirigió a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, con el propósito de matricularse. Al revisar el plan de estudios, comprobó que este «se consagraba con profundidad a las Humanidades clásicas: Filosofía, Historia, Literatura, Griego, Latín. Me costó encontrar materias pedagógicas: Ciencias de la Educación, Didáctica, Práctica de la Enseñanza. Eran simples asignaturas en función de servicio a las otras Humanidades. Para alcanzar el título de Profesor en cualquiera de las líneas citadas,

había que aprobar dos o tres asignaturas de índole pedagógica, lo suficiente para garantizar que se dominaba la técnica de la clase, el arte de “hacer clases”. La pedagogía en sí, con su mar de problemas, no existía para los humanistas de la Universidad».

Arévalo manifestó al secretario de la citada Facultad de Filosofía y Letras sobre sus deseos y los compromisos con el gobierno de Guatemala, en especial para obtener un «Doctorado en Pedagogía». Le informaron que, en Buenos Aires, solo el Instituto del Profesorado Secundario profundizaba más en materias pedagógicas. Ante esa limitación advirtió: «yo no veía la Pedagogía reducida a Didáctica. Desde muchos años atrás sabía yo que la Pedagogía no funge simplemente como la ciencia que nos enseña a enseñar. La Pedagogía es un océano de problemas. En primer lugar, una ciencia del Hombre, tomado el

hombre en función cívica, en menester de familia, en compromisos de trabajador social: hasta en la faena política veía yo esencias pedagógicas.»³⁸

Ante la inexistencia de estudios superiores en pedagogía en Buenos Aires, Arévalo se dirigió a la ciudad de La Plata. Allí funcionaba la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Ante el hallazgo de esa unidad académica, reconoció: «Ya por el título sentí tranquilizarme. Título pleonástico desde luego. Porque la Pedagogía es la más antigua de las Humanidades, pero nadie ha querido decirlo».³⁹

Arévalo concibió las Humanidades a partir del principio general de historicidad de la educación humanista. Este consiste en que todo humanismo pedagógico asume rasgos de la tradición, manifiestos o latentes. Además, los «recrea» e inventa otros nuevos para satisfacer las demandas de una sociedad que vive su «tiempo cultural», aquí

y ahora. La actualidad de un sistema de educación humanista se fundamenta en la temporalidad, la cual no consiste en la simple sucesión cronológica. También se basa en la continuidad de unos caracteres y arquetipos que atañen a la dignidad humana y actúan como presente histórico en el proceso educativo y cultural que inspira tal sistema.⁴⁰

La concepción de «educación humanista» alude a su origen griego y romano. El *homo humanus* se oponía al *homo barbarus* («hombre inhumano»). El término proviene de *humanus, humanitas* que a partir de la República romana asumía la noción de *paideia* griega. Entre los siglos VI al IV a.C., los griegos comprendían la *paideia* como la finalidad del proceso educativo.

El historiador y filólogo alemán Werner Jaeger advierte que el término *paideia* no coincide en realidad con ninguna de las expresiones con las

que cuales se asocia en la actualidad, o sea, educación, civilización, cultura, tradición y *literacy* (en inglés significa «ser alfabetizado»). Jaeger sostiene: «Cada uno de estos términos apenas alcanza a expresar un aspecto de aquel concepto general; para abarcar el campo de conjunto del concepto griego sería necesario emplearlos todos a la vez». ⁴¹

La apropiación de la *paideia* significaba lograr ser un individuo educado, como se reconoce en la tradición y en las creencias de su comunidad, quien está en condiciones de defender los valores de su cultura y argumentar en favor de ellos por medio de la oratoria o la escritura. La educación en la Atenas de los siglos VI al IV a.C. no era una actividad que se entendiera como una práctica de transmisión de saberes para que el individuo los empleara, según su interés o su criterio. Tampoco consistía en una actividad que estuviera

en contradicción o no tuviera armonía con lo que la propia ciudad o la vida pública transmitían e inculcaban a sus moradores.

A lo largo de la historia, los distintos humanismos pedagógicos han formulado modelos diversos del ideal de hombre, a partir de las distintas concepciones de la dignidad humana. El filósofo alemán Martin Heidegger advierte: «Si se entiende por humanismo en general el empeño destinado a que el hombre esté en libertad de asumir su humanidad, y en ello encuentre su dignidad entonces —según se entienda la «libertad» y la «naturaleza» del hombre— es el humanismo, en cada caso, algo distinto. Igualmente difieren las vías de su realización. El humanismo de Marx no necesita una regresión a la Antigüedad, ni tampoco el humanismo que entiende Sartre por existencialismo. En este sentido amplio es también el cristianismo un humanismo, en cuanto

según su doctrina lo que importa es la salvación del alma (*salus aeterna*) del hombre y la historia de la humanidad está en el marco de la gracia (salvación)». ⁴²

Sin embargo, el problema se presenta al definir cada uno de los humanismos pedagógicos y valorar el ideario propio que los caracteriza, así como la clase de educación humanista que formulan. La contrariedad se agudiza cuando se plantea como premisa mayor el postulado de que toda educación del hombre consiste, simplemente, en hacer de este un «ser humano». No es infrecuente que, con la denominación de educación humanista se identifiquen sistemas educativos —o tendencias, corrientes, concepciones, políticas de formación— que no lo son en realidad.

En términos generales, todos los humanismos pedagógicos denominan al hombre como una forma de ser y de vivir con dignidad. A su vez,

proponen la ruta para recrear los valores propios —individual y socialmente— de su naturaleza humana. En sentido estricto, hay que precisar el concepto de educación humanista con fundamento en principios, tanto teóricos como operativos, que sean razones suficientes para respaldar su contenido u objeto. No es cuestión de establecer apriorísticamente los caracteres o criterios para discernir y evaluar la autenticidad y consistencia de cualquier humanismo pedagógico. En realidad, es de manera inversa.

El análisis histórico y fenomenológico de los diferentes humanismos —y de su «tiempo cultural»— que han examinado el proceso educativo como referente esencial, preferente y eminente, del progreso social de un pueblo, de su libertad y convivencia, de su felicidad, de la madurez de sus instituciones, informa la aparición dinámica de códigos y registros —constituidos y

constituyentes— de creencias, usos, costumbres, disposiciones y posturas, o sea, de roles culturales que al actuar como normas y preceptos, armonizan los principios generales de la educación humanista.⁴³

Por medio del *principio de identidad*, el sujeto es educado bajo una doble formalidad. Por un lado, como relación recíproca —responsabilidad e imputabilidad— entre el individuo y sus actos humanos, de los cuales él mismo es el sujeto. Este actúa desde y por las distintas estructuras que conforman su individualidad (mismidad); y como identidad de cada uno consigo mismo, o sea, como persona (personalidad, ipseidad).

Para los griegos, *autos* designaba la identidad del sujeto y de la persona: 1) *autos* significaba «el mismo que». Este se tradujo al latín como *idem*. 2) con el pronombre personal (o con un nombre de persona) como egomet «yo mismo» —o en el

caso de *seautón*, «a ti mismo»— la versión fue la del latín *ipse*. Las diferencias entre *idem* e *ipse* marcaron las nociones de mismidad e ipseidad. A la vez, las dos formas del principio de identidad. La expresión delfica y socrática *gnothi seautón* («conócete a ti mismo») se trasplantó al latino *noscete ipsum.*, San Agustín lo desarrolló en su conocida sentencia: «*noli foras ire, in teipsum redi, in interiore homine habitat veritas*» («No quieras derramarte fuera, entra dentro de ti mismo, porque en el interior del hombre reside la verdad»).⁴⁴ Esa son las secuencias claves de una pedagogía humanista, la cual se inició con la ipseidad o cualidad de ser «sí mismo».

Arévalo enseñó que en nuestra cultura el término persona tiene dimensión filosófica. Enfatizó en lo axiológico de la persona y no solo en su mero aspecto psicológico. Su carácter filosófico consiste en identificar ese concepto como la

forma de ser que se demuestra ante los demás. Arévalo Bermejo asumió como sinónimos persona y personalidad y los usó de manera indistinta. A lo largo de la historia de la Filosofía varios filósofos lo identificaron de la misma manera. Actualmente, el término persona se identifica más con lo filosófico, jurídico o social y el término personalidad con lo psicológico.⁴⁵

Juan José Arévalo enlazó Pedagogía y Filosofía por medio de la Axiología. La labor educativa consiste en una Pedagogía de los Valores, en la cual se vinculan los conceptos de persona y valor. Esta vinculación es necesaria, pues para Arévalo a la Filosofía la mantuvieron alejada de los problemas humanos. En particular, en nuestro medio la Filosofía se convirtió solo en una teoría estudiada por muy pocas personas. La manera de adecuar la Filosofía a la realidad humana es por medio de la unión de la Axiología con la Pedagogía.

Para Arévalo, por medio del concepto de persona la labor educativa implica el encuentro de personas y no de individuos. La convergencia del alumno y del maestro es la confluencia de la persona en formación con la persona formada. El proceso educativo no consiste en la concurrencia entre cerebro y cerebro, sino en el agrupamiento de maestros con individuos en constante formación para transformarse en personas. No estriba en una visión racionalista sino en departir de manera emotiva.

Estimar el quehacer educativo como una amalgama de personas demanda una condición previa, la cual consiste en que el maestro debe ser un ser personal. El maestro debe estar pleno de valores para consumir el trabajo educativo. La cuestión es qué sucederá si el maestro solo es un individuo y nada más. En ese caso, no logrará que sus alumnos se conviertan en personas, pues solo seguirán como individuos.

La persona como ente axiológico en la educación se manifiesta en que, dentro de la escuela, debe darse un descubrimiento, aprehensión y valorización de valores. No deben valorarse únicamente las acciones, las personas o las cosas. También se valoran los mismos valores, otorgándoles el lugar que les corresponde. Juan José Arévalo apunta que el proceso axiológico en el ser humano estriba en tres pasos: valoración, valor y jerarquía.⁴⁶

En primer lugar, se prefiere entre los individuos, las cosas, los hechos y las ideas. Luego se percibe en estos elementos el valor que tienen, el cual es independiente del objeto o individuo mismo. Al final se jerarquizan los valores. Son clasificados de acuerdo con nuestros propios criterios y después esos valores son resaltados en la práctica. La dimensión educativa estriba en que el maestro logre que el alumno establezca ese triángulo axiológico.

Al considerar a la persona como portadora y ejecutora de valores, en el interior de la escuela debe lograrse que el alumno se convierta en persona. Esto será posible si el alumno practica los valores. Otra incorporación educativa del concepto de persona de Juan José Arévalo se halla en que la escuela resalte lo *noológico* en el hombre. Lo *noológico* se aplica a las ciencias del espíritu en general, en contraposición a las ciencias sociales.

La doctrina de Juan José Arévalo se relaciona con el Espiritualismo. Es una corriente centrada en las dos realidades del hombre, la materia y el espíritu. De esta caracterización se desprende que la tarea educativa también consiste en que el individuo puede desarrollar la parte espiritual para poder convertirse en persona.

El individuo no es persona solo por poseer una parte espiritual. Se llega a ser persona cuando la parte espiritual domina al sujeto. Esta debe ser la

tarea educativa, si bien no debe desatender las otras categorías que constituyen lo humano. La labor educativa al acentuar la dimensión espiritual no se quedaría solo en la persona. Para Juan José Arévalo, «la educación es el instrumento de las sociedades y de los Estados, para poder conservar la riqueza de la nación y que la nación misma sea considerada como una gran espiritualidad».⁴⁷

El «arevalismo» como movimiento social y político impulsó lo siguiente: «El pleno desarrollo de cada personalidad y el pleno desarrollo de cada nación».⁴⁸ El desarrollo se relaciona con la fisonomía *noológica*.

Uno de los resultados que brota del concepto de persona en Arévalo y tiene participación en el ámbito de la educación, es la perspectiva de distintos campos del conocimiento humano. Según Juan José Arévalo, las disciplinas que permiten el desarrollo de la persona son la moral, la ciencia, la

religión, el arte y la filosofía. De ahí que el sistema educativo tenga como orientación la creación de un equilibrio por medio de la inclusión dentro del plan de estudios de cada una de estas disciplinas.

Durante el período presidencial de Arévalo hubo vehemencia en estas disciplinas, especialmente dos que estaban muy descuidadas, la Filosofía y el Arte. Esta afirmación se corrobora con la fundación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala, con su departamento de Filosofía.

El fomento de las disciplinas que forman a la persona es también impulsar la espiritualidad. Arévalo sostiene que en la escuela es donde se han anulado las potencialidades del niño, sin permitirle crear y desarrollar su imaginación. Por eso la educación debe planificar una serie de actividades para que el alumno desarrolle su imaginación, creatividad y fantasía.

Del concepto de persona según Arévalo brota la última implicación educativa en relación con los fines de la educación. Esta, si tiene como fin primordial convertir a los individuos en personas, debe establecer objetivos que cumplan con esa finalidad. Arévalo comparte con Gerardo Budde que esa función se cumple por medio del fin humanístico, el fin social y el fin natural.⁴⁹ Si bien estos tres objetivos cumplen el fin último de la educación, o sea, desarrollar a la persona, el humanístico es el que más satisface esa función. Ese fin conlleva la aspiración de llegar a la espiritualidad y encauzar al hombre a ser plenamente humano.

El objetivo natural tiene como finalidad que el individuo sepa con plenitud sobre la naturaleza y la domine. Aquí se incorpora también el conocimiento y el cuidado del cuerpo. El fin social implica encaminar al individuo a relacionarse

completamente con sus semejantes y así pueda desarrollarse en la sociedad a la cual pertenece.

Otro de los principios generales que informan el humanismo pedagógico como el arevalista es el de comunidad o capacidad de apertura a los otros (*alteridad*). La capacidad de convivencia, creada y aceptada libremente, está en el modo natural de ser y existir de la persona. La «apertura al mundo» es un rango esencial de la estructura vital del hombre, de su radical constitución, orgánica y psíquica, así como de su sustantividad. Sociabilidad no se opone a individualidad, ambas conforman la realidad humana; la «implicatoriedad» entre la persona individual y la persona social —de persona singular y persona común, en palabras de Max Scheler— es el fundamento antropológico del humanismo pedagógico y social.⁵⁰

La influencia de Max Scheler (1874-1928) se manifiesta en la intelección emocional de

los valores. Para Arévalo la afirmación de la justicia social no es el producto de una actitud desapasionada y «objetiva». Arévalo admite las motivaciones afectivas en su enfoque de la política. Esas motivaciones reflejan una opción por los valores superiores.⁵¹

BIBLIOGRAFÍA

38. Arévalo Bermejo, Juan José. *La Argentina que yo viví (1927-1944)*. Edición Carlos Balleza. B. Costa-Amic Editor, México, D.F., 1974, pág. 37-38.
39. *Ibidem*, pág. 40.
40. Cfr. Capitán Díaz, Alfonso. *Humanismo pedagógico en la España Contemporánea (1875-1951)*. Revista española de pedagogía, 2002, pág. 462.
41. Jaeger, Werner, *Paideia*, FCE, México, 2004.
42. Heidegger, Martin. *Carta sobre el Humanismo*, Buenos Aires, 1981, pp. 72-74.
43. Cfr. Capitán Díaz, Alfonso. *Humanismo pedagógico en la España Contemporánea (1875-1951)*. Revista española de pedagogía, 2002, pág. 461-462.
44. San Agustín, *De vera religione*, 39,72. En Clemente Fernández (comp.), *Los filósofos medievales*, vol. I, p. 302.
45. Echeverría de León, Erick Hélmuth. *El concepto de persona en Juan José Arévalo*, tesis, Universidad

- Rafael Landívar, Facultad de Humanidades, 2014, pág. 20.
46. *Ibidem*, págs. 47-48.
 47. Echeverría de León, Erick Hélmuth, Ob. Cit., pág. 49.
 48. Arévalo, Juan José. *Escritos Complementarios* (2a. edición), Guatemala, Editorial Cenaltex. 1989, pág. 351.
 49. Arévalo, Juan José. *La Pedagogía de la personalidad*. Guatemala: Editorial Tipografía Nacional, 1948.
 50. Scheler, Max. *Sociología del saber*, Madrid, Revista de Occidente, 1935.
 51. Arévalo, Juan José. *Escritos complementarios*. Guatemala, Cenaltex, 1988 pág. 339



Arévalo considera que persona y personalidad son sinónimos. Actualmente, persona se identifica más con lo filosófico, jurídico o social y personalidad con lo psicológico. Fotografía recuperada en ebay.com

LA INFLUENCIA DEL KRAUSISMO

Las principales influencias filosóficas en el pensamiento de Juan José Arévalo son la Axiología y el krausismo. El segundo «constituyó una de las revoluciones culturales más profundas en la historia del mundo hispanoamericano».⁵²

Arévalo utiliza con frecuencia el término «Nuestra América». En Guatemala ocurrió la «revelación de Nuestra América» de José Martí. Al igual que el prócer cubano, Arévalo manifestó su preocupación por la problemática continental y por el uso frecuente del término. José Martí introdujo el krausismo en

Guatemala, en momentos de exaltación positivista, mas no fue el único en difundir esta corriente de pensamiento en Latinoamérica. De los años sesenta a los ochenta del siglo XIX, la juventud latinoamericana fue educada en las obras del patriarca del krausismo hispano Julián Sanz del Río: *Sistema de la Filosofía: Metafísica, Primera Parte, Análisis* (1860); *Ideal de la Humanidad para la Vida* (1860); *Lecciones sobre el Sistema de Filosofía analítica de Krause* (1869); *Análisis del Pensamiento racional* (1877). Más tarde influyeron las obras de los krausistas Enrique Ahrens y Guillermo Tiberghien.

A partir de 1880, los uruguayos Prudencio Vásquez —la personalidad filosófica más destacada de la época— y Pedro Maxaro sostuvieron una «fértil polémica contra la escolástica y contra el positivismo». En México, José María Vigil abrazó el pensamiento del krausista belga Tiberghien para

enfrentar la escolástica y el positivismo por medio de una filosofía más inteligible y sin principios metafísicos.⁵³

En Guatemala, la incidencia de Krause se percibe en esta afirmación de Ramón A. Salazar: «La ciencia se ha emancipado del dogma. Preferimos Descartes, Krause y Kant a Santo Tomás de Aquino y al Aristóteles medieval».⁵⁴

Uno de los aportes primordiales del krausismo se dio a mediados del siglo XIX en el terreno jurídico al predominar sus postulados en las cátedras universitarias de Filosofía del Derecho. Durante la década de 1850 aparecieron distintos textos iusfilosóficos basados en el racionalismo armónico de Krause y de su discípulo Enrique Ahrens. Benito Juárez estudió y se graduó de abogado al amparo de esas obras, al igual que Francisco Ignacio Madero, uno de los líderes históricos de la Revolución mexicana.

La idea de la unidad latinoamericana tiene sus raíces en las reformulaciones belga y española del «Ideal de la Humanidad» del filósofo alemán Karl Fiedrich Krause (1781-1832). Es un internacionalismo con acento ético que toma en cuenta el valor intrínseco de los individuos y de las naciones, al apelar a la noción de «autonomía» y al principio de «federación».

La influencia de Krause proviene de la renovación teórica y práctica que los krausistas le imprimieron al Derecho y a la Educación. El krausismo se manifestó frente al debilitamiento efectivo de la escolástica de la monarquía española y el coloniaje. Arévalo estudió inicialmente Derecho en Guatemala. Admitió que al principio «lo seducían las letras y la filosofía», pero «lo peor de todo, sin embargo, radicaba en que Guatemala, por entonces no prometía muchas salidas para ninguno de esos dos caminos. No teníamos

estudios literarios en la Universidad, ni estudios superiores de Pedagogía. Lo que más se parecía a lo deseado, era la Escuela de Derecho, cuyos viejos planes ofrecían un curso de Filosofía del Derecho, otro de Sociología y otro de Literatura General. Minúsculos faros en el horizonte para mi océano interior de ambiciones tormentosas. Además, esos escasos almíbares debían correr parejas con el aprendizaje memorizado de los Códigos y con una pasantía de amanuense en los Juzgados». ⁵⁵

De esos estudios iniciales apuntó: «Mucho más nos cautivaba la cátedra de Filosofía del Derecho, en primer lugar, porque el profesor disponía de condiciones oratorias notables. Gran expositor, un poco teatral, que solía modular musicalmente sus períodos expresivos, el Licenciado [Bernardo] Alvarado Tello fue perfilándose como el mejor catedrático en el Primera Curso. Ahrens, Miraglia,

Del Vecchio, Catherin, el argentino Carlos Octavio Bunge: esos fueron los autores y los textos que pudimos leer y releer». ⁵⁶

Estudió la filosofía del derecho expuesta en el *Curso de Derecho Natural*, escrito por el jurista alemán Heinrich Ahrens (1808-1874), quien fue discípulo directo de Krause en Gotinga. El libro de Ahrens era muy conocido en México y Guatemala. El autor alemán sostiene que el Derecho se orienta al «cumplimiento armónico del destino humano». Este es un ideal que implica modelos sociales en búsqueda del bien común con un espíritu de armonización de las diferencias sociales. ⁵⁷

La asimilación de la escuela krausista en filosofía y su aplicación práctica en la educación fue una absorción analítica, creadora y crítica que pasó a formar parte de la herencia política y educativa de Arévalo. En Krause encontró una postura de armonización intelectual, pues sus obras

perseguían la unificación de los hombres con base en la hermandad y la fe en una «Humanidad cósmica», extendida por todo el cosmos como suerte de espiritualismo.

Las ideas de Krause no tuvieron eco en su natal Alemania. Alcanzaron gran difusión en España, donde fueron interpretadas como reflexión crítica del Derecho y la Justicia para asegurar el progreso armónico de la humanidad, aunado a la defensa y protección de la naturaleza humana, tanto individual como social.

En 1927, Juan José Arévalo llegó a Argentina, en donde el krausismo constituyó un movimiento más amplio que en sus comienzos fue denominado «espiritualismo». También se estableció un «período espiritualista» en el Río de la Plata, como lo llamó Arturo Ardao. Debido al positivismo inició su declinación, si bien algunas de sus líneas alcanzaron la tercera década del siglo XX. Este

espiritualismo era, además, «romanticismo» en un sentido amplio.⁵⁸

El krausismo argentino coincidió temporalmente con el positivismo y presentó similares problemas desde el punto de vista de una historia de la filosofía. Las ideas de Krause se insertaron en un ambiente predominantemente positivista. En Argentina se resolvió en forma de krauso-positivismo, o sea, un «eclecticismo». Este es un proceder filosófico desacreditado. El problema teórico de los eclecticismos es compaginar tesis diferentes sin que el desarrollo de las asunciones conduzca a contradicciones.

El krausismo argentino en el cual estuvo inmerso Juan José Arévalo aparece ligado al positivismo, al espiritualismo tradicional y hasta al escolasticismo. Al igual que el socialismo espiritual del «arevalismo», ambos no se han sometido a examen. En general, no han sido

abordados como filosofías en sentido estricto. El krausismo argentino y el socialismo espiritual son movimientos o ideologías con repercusiones más o menos palpables en los ámbitos del derecho, la educación y la política. Aún no se ha establecido cuáles han sido los aportes de esos movimientos.

A partir del campo filosófico, sus partidarios españoles derivaron al terreno educativo al crear la «Institución Libre de Enseñanza». Esta fue la primera entidad docente que no se nutrió del tradicionalismo católico sino de la Reforma. Sus prácticas pedagógicas la sitúan entre las precursoras de las escuelas nuevas (de Parker, Dalton y Putney en Estados Unidos; las escuelas experimentales de la Telegraph House, fundadas por Bertrand Russell, y las escuelas Montessori en Italia). La institución introdujo la coeducación, pues «no hay fundamento para prohibir en la escuela la comunidad en que uno y otro sexo

viven en la familia y en la sociedad». Estuvo contra la enseñanza memorística y libresca al proclamar la necesidad del trabajo autónomo del alumno como medio para lograr un aprendizaje basado en el conocimiento del entorno social que rodea al educando.⁵⁹

El krausismo incidió en los procesos de renovación educativa en América Latina. La escuela media en Costa Rica fue organizada por los hermanos Valeriano y Juan Fernández Ferraz con base en las ideas pedagógicas de Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza. En la metrópoli madrileña se formó también el costarricense Mauro Fernández, quien se distinguió como Ministro de Instrucción Pública en esa nación centroamericana.⁶⁰

El interés en los postulados de Krause condujo a su «redescubrimiento» en España. El 18 de octubre de 1989 fue inaugurado el Instituto Universitario

de Investigación sobre Liberalismo, Krausismo y Masonería en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid.

La recuperación de los papeles de Krause que sobrevivieron en Dresde durante varias guerras, la edición crítica en alemán de sus obras y la labor de divulgación en lengua española realizada por Enrique Ureña, dieron paso a la «explosión del krausismo por toda Europa». La afirmación de Gustavo Bueno Sánchez revela los alcances de esta revitalización:

«En tiempos de idílica y armoniosa construcción europea, Krause reúne condiciones inigualables para convertirse en la referencia ideológica necesaria y triunfante de las socialdemocracias, donde la bondad natural del hombre, el feminismo, el ecologismo, la armonía racional y espiritual, permiten a la Humanidad (por lo menos a la europea) confiar en un futuro menos tenebroso que

el dibujado por un marxismo que tardará tiempo en recuperarse del efecto producido por la debacle de la Unión Soviética. Además, Krause, siendo ya un venerable clásico del siglo XIX, alemán por supuesto, tiene la virtud de haberse preservado limpio de adherencias totalitarias, fueran estas comunistas o nacionalsocialistas. Krause permite saltarse no sólo a Marx». ⁶¹

La actualidad del krausismo es similar a la vigencia de las preocupaciones arevalistas, las cuales mantienen la frescura en un tiempo de crisis de las ideologías en que se reniega de las posibilidades de la utopía y se proclama el triunfo definitivo de la democracia liberal como signo inequívoco del «fin de la historia». El espiritualismo de Arévalo se encuentra vigente ante el exacerbamiento de la dependencia externa, el colonialismo interno y, lo que es peor, la agudización de la autocolonización en los países latinoamericanos.

La recomposición de fuerzas del «nuevo orden mundial» surgido tras la caída del *Muro de Berlín* y *la recaída imperialista* producida por los atentados del 11 de septiembre de 2001, amenazan la identidad, la soberanía y la sobrevivencia misma de los pueblos, con la consiguiente crisis de valores como la solidaridad y la fraternidad para dar paso a la institucionalización del egoísmo y la aceptación masiva del desinterés social y político.

En el nuevo discurso filosófico posmodernista se ha desterrado la utopía (lugar que no existe), pues «no hay lugar» para los sueños, al extremo de desvalorizarla en el lenguaje corriente y convertirla en sinónimo de «prospección de lo imposible, sueño o quimera irrealizable, proyecto desmesurado». ⁶²

El uruguayo Fernando Ainsa apunta que «la desaparición de todo signo utópico en el análisis histórico, político y filosófico occidental no es tan

evidente desde una perspectiva latinoamericana. Por lo pronto, porque la simple transposición de la crisis del pensamiento utópico europeo olvida la influencia que ha tenido la función utópica en la historia del continente (Nuestra América), cuyo análisis no puede prescindir de la dimensión del impulso emancipador que la caracteriza». ⁶³

La historia de Latinoamérica es un recuento de utopías. El magisterio de Juan José Arévalo se manifiesta en la convicción de que las esperanzas son superiores a los miedos, si aquellas no son condenadas anticipadamente a la inacción. La visión utópica de Nuestra América proviene del krausismo y lo situó en la base de su vida revolucionaria, sin aferrarse a las fórmulas del comunismo ni del capitalismo. Juan José Arévalo supo plantear un sistema de ideas desde Guatemala, por Guatemala y para Guatemala.

BIBLIOGRAFÍA

52. Rodríguez Martínez, Jorge Mario. *Juan José Arévalo: La pedagogía Filosófica como guía de la transformación política*. En Educadores en América Latina y el Caribe del siglo XX al XXI, 2011. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, pág. 292.
53. Francisco Larroyo. *La Filosofía Iberoamericana*. 1978, 2a. Ed. Porrúa, México, 1978, pág. 100.
54. Ramón A. Salazar. *Justo Rufino Barrios*. El Progreso Nacional, 9 de abril de 1895, 2(30): págs. 41-44.
55. Arévalo, Juan José. *La inquietud normalista. Estampas de Adolescencia y Juventud 1921-1927*. Editorial Universitaria de El Salvador, 1970, pág. 125.
56. *Ibidem*, pág. 127-128.
57. Rodríguez Martínez, Jorge Mario. *Ob. Cit.*, pág. 295.
58. Lértora Mendoza, Celina A. *Recepción de ideas filosóficas. Problemas metodológicos e histórico-críticos de su investigación. Estudio de caso:*

- la filosofía argentina de 1890 a 1920*. Cuadernos del Sur. Filosofía 31-32, 2001, págs. 37-63.
59. Jaume Sarramona. *Fundamentos de Educación*. Ediciones Ceac, Barcelona, 1997, págs. 356-357.
60. Hugo E. Biagini. *Espiritualismo y Positivismo*. En: Arturo Andrés Roig (ed.), *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Trotta, 2000, pág. 323.
61. Enrique M. Ureña y Pedro Álvarez Lázaro (eds.). *La actualidad del krausismo en su contexto europeo*. Editorial Parteluz, Madrid, 1999, pág. 39.
62. Hernández Pardo, Héctor. *Luz para el siglo XXI. Actualidad del pensamiento de José Martí*. Ediciones Libertarias, Madrid, 2000, pág. 144.
63. Citado en *idem*, pág. 145.



Salvador Allende, Pablo Neruda
y Juan José Arévalo. Santiago
de Chile, 20 de junio de 1954.
Fuente Pinterest.com

EL AREVALISMO, «AMIGO DE LOS HUMILDES»

Para Arévalo, la búsqueda de la libertad no solo es económica. Lo más importante para el hombre es la libertad espiritual y mental. Además, el control de su propio destino. La personalidad no está en pugna con la sociedad. Por esa razón el problema fundamental no surge en una extrema filosofía individualista, como ocurre en Inglaterra o en Estados Unidos de América. Se manifiesta en el equilibrio dentro del medio ambiente en que se vive. Al respecto, Arévalo escribió:

«La única imagen del mundo que puede considerarse legítima es la de aquel que la construye con materiales propios. No hay conocimiento de nada que no esté dentro de la esfera de la intimidad. Lo demás será conjetura, fe, presunción, credulidad; pero conocimiento solo lo hay en tanto tratase de una captación, de una adquisición, hasta diríamos: de una endósmosis».⁶⁴ Según el Diccionario de la Lengua Española, la endósmosis consiste en la difusión de fuera adentro, que se establece al mismo tiempo que su contraria la exósmosis, cuando dos líquidos de distinta densidad están separados por una membrana semipermeable.

Arévalo continúa con su explicación del ser humano y expone: «El hombre como ser pensante, existe solo en cuanto se conoce, y se conoce solo en cuanto estira, en cuanto se *aleja de sí mismo*, en cuanto invade zonas vecinas y las coloniza, una vez que impregna en ellas su propia tintura

espiritual». ⁶⁵ El resaltado en inclinadas no aparece en el original.

Con estas citas muestro que Juan José no admite la tesis del individualismo puro o egoísta. El hombre debe moverse dentro de una sociedad y salir de sí mismo para tener significación humana. No puede existir únicamente al cerrarse en sí mismo:

«La experiencia suma no es solo la vertical del tiempo: hay que completar el tiempo viviendo la noción de espacio. Tiempo y espacio: agreguemos comprensión: esto es viajar. Un transcurrir inteligente bañado en emoción: esto es vivir». ⁶⁶

En el citado libro *Viajar es vivir*, Arévalo expone el vínculo estrecho que existe entre el hombre y el mundo. El hombre necesita momentos solitarios, momentos en que él puede pensar profundamente. Sin embargo, la experiencia consiste en la compenetración con el mundo en

que se vive. El mundo, el mar, los campos, las ciudades ofrecen posibilidades de conocimiento al hombre. Las posibilidades de conocer estos fenómenos dependen de los otros seres humanos

Arévalo sostiene que no vivimos en lo vacío, ni en una isla a lo Robinson Crusoe. El hombre está íntimamente ligado a los otros seres humanos.⁶⁷ Aquel concepto de hombre no permite que haya una filosofía individualista, en el sentido del liberalismo clásico, o al «dejen hacer, dejen pasar», como aún se propone en Estados Unidos y en ciertos ámbitos académicos en Guatemala.

La diferencia entre los dos pensamientos filosóficos, el no individualista y el liberalismo se percibe en las manifestaciones artísticas. Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos tomó la vanguardia del arte. Sus artistas adoptaron una nueva variante del expresionismo, el abstracto. Willem de Kooning asumió el papel de maestro

del nuevo movimiento neoyorquino. Los jóvenes pintores se sumaron rápidamente a la *action painting*, basada en la violencia del gesto y en los formatos gigantescos de los cuadros. Uno de los artistas más destacados era Jackson Pollock. En contraposición estaba el realismo social mexicano.

El muralismo se inició en México a principios del siglo XX. Fue cultivado por un grupo de pintores intelectuales mexicanos después de la Revolución Mexicana. Después se reforzó por la Gran Depresión y la Primera Guerra Mundial. El deseo por una verdadera transformación aumentó y se comenzaron a hacer demandas más radicales, que buscaban una revolución social, política y económica. Los mestizos, la clase media y baja se unieron contra Porfirio Díaz. Cuando Álvaro Obregón llegó al poder los programas educativos fueron mejorados y asignaron fondos para fomentar las artes. Parte de estos fondos eran utilizados

por los muralistas para expresar con orgullo su pasado indígena y educar a la gente.

El hombre no es meramente materia ni solo ideas. Es espiritualista y social a fin de desenvolverse libremente dentro de una sociedad. Con este concepto de espiritualismo, Arévalo no aceptó el marxismo. Así lo reafirmó Luis Cardoza y Aragón: «Arévalo nunca pretendió no ser idealista, no ser antimarxista».⁶⁸ Arévalo mismo escribió que el hombre actúa, principalmente, «por motivaciones espirituales» y lucha especialmente por su dignidad.⁶⁹ Para Juan José es inválida o muy limitada la idea marxista de que el hombre, básicamente, es una entidad económica. Tal vez una influencia determinante en la formulación de este concepto fue su conocimiento de las ideas filosóficas de Eucken, Bergson y Husserl.

Arévalo expresó con claridad su doctrina social y cuáles serían los métodos prácticos que seguiría.

En el discurso que pronunció por radio el 16 de diciembre de 1944 al clausurar la campaña política antes de las elecciones presidenciales destacó los fundamentos humanistas, idealistas y socialistas de su pensamiento:

«Ser espiritualista no quiere decir, por otra parte, que despreciemos las preocupaciones materiales, connaturales al hombre. Solo quiere decir que las necesidades espirituales del hombre, como la dignidad, la tranquilidad, la cultura, la religión, ocupan un lugar de preferencia frente a las llamadas urgencias materiales».⁷⁰

Arévalo Bermejo sostiene que «en la vida social como en la vida individual, el factor económico es bastante para garantizar un porvenir hermoso (...) la noción de finalidad no es nunca una noción de economía; la finalidad es un valor espiritual que el hombre se forja después de madurada la experiencia y cuando ha tenido conciencia de su

personalidad (en lo individual) y de su misión (en lo social)». ⁷¹

El rechazo que hace del materialismo dialéctico se deduce de la expresión de fe en el hombre y en su posibilidad de rehacer situaciones y no estar sujeto al destino. Advierte que «la historia la hacemos los hombres, y nuestros cuatrocientos años de historia detenida son la labor de muchas generaciones culpables. Fincar los destinos futuros en la geografía es declararse embrutecidos». ⁷²

Al continuar su negación de la determinación de la historia, señala: «La vida social no se “determina” por ninguna ley ni por factor alguno; la vida social es un complejo que no puede reducirse a líneas ni a números, y el simplismo con que quieren estudiarla ciertos pensadores de la actualidad solo revela la enorme influencia de lo periodístico sobre lo cultural en el pensamiento moderno». ⁷³ Estas afirmaciones humanistas-idealistas provienen

de sus estudios en Argentina y del tiempo en que ejerció como maestro. Los conocimientos y experiencias influyeron en su rechazo del positivismo y del materialismo.

En sus *Escritos Pedagógicos y Filosóficos* manifiesta claramente su pensamiento:

«Después de un siglo como el XIX, en que llamados hombres de ciencia, obscurecidos de ingenuidad y empequeñecidos de orgullo, creyeron que la filosofía era un saber inútil y una charla dispendiosa, vino este siglo de florecimiento filosófico, en el que el hombre no se desvela exclusivamente por la ocupación sensualista de la tierra y un saber profundo de las cosas externas, sino que vuela a sí mismo, a su propio fondo interior, al cosmos espiritual para descubrirlo, para comprenderlo, para perfeccionarlo: en una palabra: para magnificar con un poco de la gracia que se capta

en la fina y suprema meditación sobre el plano superior de los valores».74

La preocupación por una escala de valores es muy importante en la formación de una nación. Arévalo Bermejo cree que el hombre tiene control sobre su destino. También que el desarrollo de los hombres no solo depende de su libre arbitrio, sino de las aspiraciones de la comunidad en que él vive. Por esa razón la educación y la creación de un sistema de valores por la colectividad es esencial en el mejoramiento de cualquier país. La importancia de esta creencia es definitiva para la comprensión de su concepto de democracia. Esta no es una anarquía, ni un fenómeno puramente individualista. Fundamentalmente, es un ideal social, la creación de valores sociales.

Durante el siglo XX predominaron el liberalismo y el conservatismo. Eran los polos del pensamiento político y filosófico de Latinoamérica. Sufrieron

transformaciones como el repudio del egoísmo individualista que había en el liberalismo latinoamericano de principios del siglo XIX. Esta doctrina era distinta al liberalismo clásico de los Estados Unidos o Europa. Nunca fue igual. Mantuvo la tendencia hacia la socialdemocracia, en la cual la persona estaba de alguna manera relacionado con las necesidades sociales. El bienestar común tuvo lugar fundamental en el pensamiento de Bolívar, Morazán, Hidalgo, Morelos, Benito Juárez, Otero, Mora y Gómez Farías, entre varios. Debe reconocerse que, a principios del siglo XIX, la concepción del liberalismo era semejante al liberalismo europeo, pero pocos años después de la independencia de España se dio una gran diferenciación entre los dos sistemas de ideas.

El socialismo inherente en la tradición liberal latinoamericana influyó en el pensamiento de Arévalo. También tuvo impacto en el socialismo de la posguerra. Juan José asumió la presidencia

de la República en un clima de euforia. Al asumir el cargo caracterizó el socialismo:

«El socialismo, antes que una doctrina política, es una forma espiritual que se define como la simpatía del hombre por el hombre, en contraposición a aquella forma de vida espiritual que enfoca la obsesión del hombre por sus menguados intereses personales, De esa forma espiritual socialista, han brotado todas las teorías políticas socialistas, desde el socialismo platónico (socialismo aristocrático), hasta el socialismo marxista (socialismo materialista) Todos ellos aspiran a reorganizar la sociedad paulatinamente, hasta lograr una elevación del nivel de vida de los humildes, de los trabajadores, de las mujeres, de los niños. El socialismo no persigue sino protege. No quita, sino que da». ⁷⁵

Denominó a su ideología como «socialismo espiritualista». No se trata del socialismo anterior

a la Segunda Guerra Mundial. Arévalo lo explica:

«Si llamamos “espiritualista” a este socialismo de postguerra, es porque en el mundo —como ahora en Guatemala— se producirá un vuelco fundamental en la escala de los valores humanos. La prédica materialista ha quedado evidenciada como un nuevo instrumento al servicio de las doctrinas totalitarias. El comunismo, el fascismo, y el nazismo también han sido socialistas. Pero un socialismo que daba de comer con la mano izquierda mientras con la mano derecha mutilaba las esencias morales y civiles del hombre. Del nacional socialismo, el más moderno de todos estos sistemas, solo pudo brotar, por eso, un conglomerado de trabajadores mecanizados, bien vestidos y comidos, que habían perdido, como precio de esas ventajas, su jerarquía como ciudadanos y su autoridad dentro de la familia. El socialismo espiritualista superará la

fórmula filosófica del nazismo, que solo concede personalidad al conductor, comenzará —como el liberalismo— por devolver a la personalidad moral y civil toda su majestad: pero irá más allá del liberalismo al cancelar la insularidad del hombre obligándolo a engarzarse en la atmósfera de los valores, las necesidades y los fines de la sociedad, entendida ésta simultáneamente como un organismo económico y como una entidad espiritual. Lo espiritual, sin embargo, regirá en esta imagen del mundo a los planos económicos de la vida, para fecundarlos, para infundirles sentido nacional». ⁷⁶

Juan José expone que su idea del socialismo no significa solo la distribución de bienes materiales, la explotación de los recursos nacionales, ni el mejoramiento en general del nivel de vida. Más allá de eso, el «socialismo espiritual» implica la liberación psicológica y moral, y la dignificación de

cada hombre en la sociedad. Pero es más que la liberación de la persona y de su propia conciencia:

«La columna vertebral de esta doctrina se contiene en el concepto de liberación: liberación moral y liberación económica. Pero esta liberación, que parecería ser un concepto del viejo liberalismo, no es un concepto liberal, porque el liberalismo siempre habló de libertades individuales, defendió intereses individuales y estructura un Estado poderoso, llamado a defender los intereses del individuo, respetando en todos los individuos los azares de la fortuna y los éxitos leguleyos. Nuestra liberación no es de individuos: será protección de grupos y no protección de personas afortunadas o mafiosas. Volveremos nuestros ojos y nuestras manos a la organización de la familia, para reestructurar desde sus raíces la unidad colectiva fundamental. Liberaremos y protegeremos los oficios y las profesiones, sin perseguir ni dañar

a los patrones. Liberaremos a la niñez, a la adolescencia y a la juventud de todas las trabas que la ignorancia y la maldad de los adultos y los gobernantes les han impuesto siempre. Liberaremos a la mujer de la servidumbre social en que vive, relación de colaboración con el hombre. Liberaremos y protegeremos al ejército, porque ya nuestro ejército se ha liberado por sí mismo dándonos el primer ejemplo de reestructuración que adoptaremos en todos los órdenes de la vida nacional. Liberaremos y protegeremos al capital guatemalteco, para que en honesta competencia con el capital extranjero presten a los trabajadores de la república los servicios que pueden y que deben dar. En una palabra: vamos en línea recta a una transformación de la vida espiritual, cultural y económica de la república».⁷⁷

Juan José no creía en un socialismo que puede aplicar los mismos métodos en todos los países.

Estaba consciente de las grandes diferencias entre Guatemala y otros países. Sostuvo que los métodos aplicados en uno no son útiles en los demás.

«Guatemala es un país de economía semifeudal: la agricultura, la ganadería, el latifundio, las poderosas compañías extranjeras de tipo colonial, masas de hombres alquilados para trabajar, etcétera, etcétera. En un país de esta estructura económica y social no puede realizarse repentinamente una organización socialista, que se puede lograr en los países industrializados como Inglaterra o Checoslovaquia».⁷⁸

Arévalo Bermejo no difiere en los conceptos socialistas básicos. Afirma que la diferencia entre esta filosofía y las demás se encuentra en la humanización del hombre:

«Desde hace un siglo, la economía, la política, la cultura, se reorganizan conforme a ideas socialistas, es decir, conforme a una nueva interpretación de la historia y conforme a una nueva valoración del hombre. Ese socialismo comenzó siendo utópico, siguió siendo materialista y ha llegado a ser en nuestros días espiritualista. En los grandes países industrializados de Europa podrá tener vigencia la doctrina materialista que nos da del hombre y de la sociedad una imagen fundamentalmente económica. El hombre —dicen ellos— es un aparato digestivo que tiene algunos anexos subordinados: entre ellos el cerebro. La vida moral, la vida psicológica son valores subalternos. Pero no somos socialistas materialistas. No creemos que el hombre sea primordialmente estómago. Creemos que el hombre es, ante todas las cosas, una voluntad de dignidad. Ser dignamente un hombre o no ser nada».⁷⁹

Esta postura ética tiene un impacto directo en su actividad política. Por ejemplo, Juan José explica que el gobierno tiene la necesidad de dignificar a los habitantes y darles cultura, pues solamente entonces la república es libre y digna.

En los discursos y escritos anteriores a la elección como presidente, y mientras ocupó el cargo, hubo muchas referencias al «arevalismo». El elemento principal de este es el «socialismo espiritual». El propio Juan José lo explicó:

«El arevalismo no es una empresa electoralista, que se proponga como finalidad concreta llevar a Arévalo al poder. El arevalismo es un movimiento popular reivindicador, que se propone liberar a los ciudadanos del yugo oficial, cualquier que sea el gobierno, y que se propone liberar a la nación del *servilismo internacional y de la esclavitud económica*. Guatemala necesita y ha empezado a estructurarse por dentro y por fuera como una

nación digna: ni los ciudadanos guatemaltecos deben vivir ya de rodillas ante el gobierno, ni la República de Guatemala puede vivir un día más de rodillas ante el extranjero».⁸⁰

Juan José continúa su planteamiento: «El arevalismo es, por eso, el único conglomerado político que tiene una propia filosofía política. No tenemos simplemente un programa de gobierno, calculado para tres o cuatro presidentes sucesivos, sino que tenemos una propia doctrina filosófica, social y política, que hemos llamado socialismo espiritualista y que significa una verdadera innovación doctrinaria para nuestra América, hasta ahora debatiéndose entre el conservatismo, el liberalismo y el marxismo».⁸¹

En sus discursos presidenciales mencionó en varias ocasiones su filosofía socialista. Bastan dos ejemplos para reafirmar la orientación de su pensamiento. En el «Saludo al Pueblo con motivo

del Nuevo Año», el 1 de enero de 1946, sostuvo:

«El arevalismo ha sido para ellos en el Congreso de la República y el Organismo Ejecutivo un aliado y un hermano. El arevalismo es el primer movimiento político y social de Guatemala que se declara sin tartamudeos y sin cobardías amigo de los humildes. Y en esta amistad para los humildes, que no es enemistad para nadie, el arevalismo que es una fuerza juvenil, homogénea y revolucionaria, finca la raíz de su obra social, cultural y económica, de grandes proyecciones para el porvenir de Guatemala».⁸²

En el discurso de bienvenida al presidente venezolano Rómulo Betancourt de 1946, Arévalo Bermejo manifestó de manera íntegra y precisa:

«Se acabó ya, para honor del hombre, aquel liberalismo mercantilista que ponía las fuerzas del mundo al servicio de unos cuantos mercaderes

internacionales de espíritu fenicio. En esta nueva era americana, la Nación no está al servicio de motivos inferiores ni de intereses particulares. La nación es una grandiosa unidad espiritual a la que el individuo y sus apetitos se someten inexorablemente». ⁸³

Arévalo Bermejo aspira a la preservación de la dignidad del hombre dentro de su medio ambiente. También se empeña en la creación de valores espirituales y materiales de la colectividad.

BIBLIOGRAFÍA

64. Valle, Rafael Heliodoro. *Historia de las Ideas Contemporáneas en Centro América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960, pág. 233.
65. *Ibidem*, pág. 234.
66. Arévalo Bermejo, Juan José. *Viajar es vivir*. Tipografía Nacional, Guatemala, 2a. edición, 1950.
67. *Ibidem*.
68. Cardoza y Aragón. *La revolución guatemalteca*, Ediciones Cuadernos Americanos, México, 1955, pág. 60
69. Arévalo Bermejo, Juan José. *Escritos Políticos*. Cultural, La Habana, 1953, págs. 166-167.
70. *Ibidem*, pág. 167.
71. *Ibidem*, págs. 10-11.
72. *Ibidem*, pág. 10.
73. *Ibidem*.

74. Arévalo Bermejo, Juan José. *Escritos Pedagógicos y Filosóficos*, Tipografía Nacional, 1945, págs. 143-144.
75. Arévalo Bermejo, Juan José. *Escritos Políticos, Ob. Cit.*, pág. 165.
76. Arévalo Bermejo, Juan José. *Escritos Políticos, Ob. Cit.*, pág. 132.
77. Arévalo Bermejo, Juan José. *Escritos Políticos. Ob. Cit.*, págs., 144-145.
78. *Ibidem*, pág. 165.
79. *Ibidem*, págs. 129-130.
80. Arévalo Bermejo, Juan José. *Escritos Políticos. Ob. Cit.*, pág. 143.
81. *Ibidem*, págs. 143-144.
82. Arévalo Bermejo, Juan José. *Discursos en la Presidencia*, Guatemala, 1947, pág. 203.
83. *Ibidem*, págs. 324-325.



Juan José Arévalo en La Habana, 1959. Colección privada del autor.

EL CANDIDATO BLANCO (1944-1945)

La crisis del régimen de Jorge Ubico alcanzó su cúspide en junio de 1944. El proceso resultó de «la acumulación de tensiones y problemas que se congelaron virtualmente en sus catorce años de dictadura (1931/44), el estancamiento económico, la asfixia de la vida social y cultural, los atroces métodos policíacos para asegurar el orden interior condujeron a un estallido masivo de descontento en junio de 1944 y a un golpe cívico-militar en octubre de ese año».⁸⁴

El estallido de la revolución, el 20 de octubre de 1944, fue producto de varios sucesos que se dieron en meses anteriores. La marea revolucionaria principió en junio con acciones de protesta, manifestaciones y exigencias sociales. Jorge Ubico constituyó un régimen avalado por una Asamblea Legislativa afín y continuado después de su renuncia, el 1 de julio, por Federico Ponce Vaides, quien fue electo por esa asamblea. Esta circunstancia «atentaba contra las aspiraciones de cambio que expresaban los maestros, los estudiantes universitarios y los obreros».⁸⁵

El despotismo era incapaz de satisfacer las demandas sociales y respondía a los intereses y conveniencias de las élites económicas. La situación de los opositores se complicó, pues «quienes discrepaban abierta o públicamente o lo cuestionaban pagaban la osadía, unos con la vida y otros con el ostracismo, la cárcel o el

desempleo [...] El partido liberal en el gobierno se había habituado a no tener contrincantes políticos, más que el espectro del conservadurismo, que no contaba con organización política. [...] De ahí que no estuviere presta a consentir y participar en los ejercicios democráticos que sus adversarios exigían. A ello obedeció que el modelo comenzara a sufrir fisuras». ⁸⁶

Jorge Ubico era respaldado por la oligarquía, la prensa y la iglesia católica. Hubo una alianza alrededor de un discurso anticomunista. Ese enemigo «era totalitario, satánico y una amenaza contra la propiedad privada y el bien común». ⁸⁷ Este discurso se ejemplifica con una sublevación ficticia, organizada por el gobierno. El supuesto alzamiento era de los sindicatos controlados por comunistas y dirigidos por Antonio Obando Sánchez, a quien atribuían vínculos con la Unión Soviética. Se mencionó a trabajadores de casa

particular dispuestos a asesinar y violar a sus empleadores.

«Se puso al descubierto la naturaleza satánica de los líderes comunistas. Se dijo que Obando Sánchez predica la matanza primero, y la total redistribución de la propiedad después incluyendo [...] a todas las mujeres entre los 8 y 30 años [...] La clase alta, la prensa y la Iglesia elogiaron entusiasmadas el “activismo y el vigor” del Gobierno contra el comunismo internacional. Sin embargo, advirtieron que la vigilancia no debía flaquear y que la represión era necesaria para evitar otros estallidos».⁸⁸

El movimiento finalmente derrocó a Ponce Vaides. Facilitó la instalación del triunvirato conformado por Jacobo Árbenz, Francisco Javier Arana, y Jorge Toriello, provenientes de los trabajadores urbanos, la clase media, la élite terrateniente y el cuerpo de oficiales del Ejército.⁸⁹ Aunque la élite

terratiente se veía favorecida por el régimen ubiquista, pudo ver en la caída del sátrapa la «eliminación de las restricciones impuestas por los caprichos del dictador (como una oportunidad para) acrecentar su poder y sus privilegios».⁹⁰

La denominada «generación del 44», integrada por intelectuales de la pequeña clase media urbana guatemalteca, gobernó el país durante la década revolucionaria. Sus integrantes habían nacido en la primera década del siglo XX y realizaron altos estudios en Europa y otras partes de Latinoamérica durante los años veinte. Muchos habían sido compañeros de estudios en el Instituto Nacional Central de Varones y en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional, en la carrera de Derecho, la única de las cuatro carreras universitarias que consistía en una ciencia social o humana.

Según Juan José Arévalo el «arevalismo» era una

fuerza de procedencia universitaria, de planos sociales ilustrados y de fuentes culturales que llegó al poder para servir a las mayorías y compartir con las mismas ese poder. Luis Cardoza y Aragón definió al grupo gobernante como una minoría que impulsaba la vida del país por cauces justos, con responsabilidad y exacto conocimiento de limitaciones y necesidades. Esa minoría tenía la decisión de no posponer «las obras y obligaciones verdaderas para que un movimiento popular pueda merecer sin sonrojo el nombre glorioso de Revolución».⁹¹

Manuel Galich advirtió que «la Revolución no fue solo de «intelectuales»».⁹² Galich consideró que eran «jóvenes incontaminados, pero ignorantes de la ciencia de la administración y del arte del gobierno», tan jóvenes que el régimen fue caratulado en algunas partes como «puerocracia». Los hombres del 44 «éramos un producto histórico,

formado en las circunstancias creadas por nuestro propio espíritu de libertad».⁹³

El primer paso para la entrada de estos intelectuales a las tareas de gobierno lo dio la Junta Revolucionaria de Gobierno al decretar el reconocimiento de los partidos políticos, la libertad de competencia entre los mismos, el derecho al sufragio y dotar de autonomía a la universidad nacional.

Un cúmulo de partidos políticos se habían creado cuando Jorge Ubico renunció. Los dos partidos que lograron mayoría en la Asamblea Legislativa, Constituyente y triunfaron en las elecciones presidenciales fueron el Frente Popular Libertador y Renovación Nacional. El primero emergió de las reiteradas solicitudes por la autonomía universitaria que se hicieron a Jorge Ubico y propiciaron la huelga general de estudiantes y magisterio hacia el final crítico de su gobierno.

Su dirección estuvo formada íntegramente por estudiantes. Sus afiliados provenían de la juventud universitaria, especialmente de derecho y medicina. A Renovación Nacional se afiliaron fundamentalmente miembros del magisterio. Juntos convocaron a Juan José Arévalo como candidato para la presidencia de la república mientras se encontraba en Argentina.

El 4 de julio de 1944, Arévalo Bermejo se dirigió a impartir clases en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán. Encontró silenciosos los pasillos. Las autoridades decidieron a última hora declarar día de asueto por la conmemoración de la independencia de los Estados Unidos de América. El mayordomo de la Facultad, Roque Segura, se acercó para entregarle un telegrama. Este es el relato de aquel momento:

«Acostumbrado a las malas noticias, temía otra. Leí el texto y me quedé inmóvil e inexpresivo por

unos segundos. Después, el cuerpo se me habrá alterado, o las facciones, pues la Balbi [profesora de francés] me preguntó: “¿Malas noticias?” “No, señorita; nada importante.” Guardé el cablegrama en uno de los libros, pausadamente, tratando de gobernar y normalizar mis movimientos. “Bien, señorita: puesto que nos obligan a no trabajar, descansaremos. Hasta mañana.” “Hasta mañana, profesor.”

Salí con toda calma de la sala. Caminé por los soledosos corredores. Bajé las gradas de la entrada principal del edificio, frente al Parque Urquiza. Avancé hasta el centro del Parque, y allí, debajo de un robusto espinillo invadido de parásitas, confiado en que la profesora de francés no seguía mis pasos, volví a leer el telegrama:

“Partido Renovación Nacional postúlalo candidato Presidencia República. Rogámosle encarecidamente aceptar para bien nuestra patria.

Juan José Orozo Posadas — Carlos Leonidas Acevedo — Ramiro Ordoñez — Francisco Escobar.”

Seguí caminando por el Parque, hacia Calle Sarmiento, a esperar un tranvía, murmurando para mí mismo, quizá fuera de lo real, a pasos irregulares, inseguros. Chepe Orozco y el Santuario de Guadalupe. Carlos Leonidas y su hermano El Viejo. Ramiro Ordóñez y los normalistas del 27. Paco Escobar, el Mono Escobar, la Normal de Pamplona, la Penitenciaría. Renovación Nacional: nuevas palabras en política. Candidato presidencial. La Patria me reclama, y la familia, y Taxisco y los amigos. Me llaman por medio de un grillo: el grillo de la medianoche. La sabiduría popular. Las realidades metafísicas. Y metapsíquicas. Un mensaje del más allá». ⁹⁴

En el inicio de otro libro, Juan José relata que, el 5 de julio de 1944, por la tarde, despachó a los

firmantes del telegrama su respuesta:

«Acepto candidatura enaltecedora. La perspectiva de orientar el viril resurgimiento democrático de Guatemala impide vacilaciones. Abrazos fraternales».⁹⁵

En las elecciones realizadas el 19 de diciembre de 1944, Juan José Arévalo Bermejo obtuvo 255,660 votos, que constituyeron el 86.3% del total. Gobernó Guatemala entre 1944 y 1950. En 1950, la República de Guatemala contaba con una población de 2.790,868 habitantes, de los cuales el 25% era población urbana y el 72.2% analfabeta. La ciudad capital concentraba 318,498 habitantes urbanos, mayoritariamente ladinos.

Torres-Rivas consideró la elección de Arévalo como un hecho anormal en la historia del país, impulsada por una coalición de fuerzas sociales

antidictatoriales apoyada por partidos que meses antes no existían. Era percibida como una amenaza por «la poderosa fracción oligárquica de las fuerzas que apoyaron la dictadura militar».⁹⁶ Gleijeses matiza esta oposición. Considera que la candidatura de Arévalo, con toda su indeterminación, ofrecía un lugar común para los distintos actores involucrados en la coyuntura: «El hecho de que fuera profesor infundía entusiasmo a estudiantes y maestros, los dos grupos que habían encabezado la lucha contra Ubico, y que ahora estaban al frente de la oposición contra Ponce. (...) El hecho de que Arévalo fuera blanco (...) tranquilizaba a la élite terrateniente guatemalteca». También señala la ambigüedad del discurso de campaña de Arévalo, y califica su oratoria de evasiva.⁹⁷

Villagrán Kramer indica que «el doctor Arévalo contribuyó a orientar la ebullición popular y dibujar

la naturaleza del proceso político que se le abría a Guatemala». ⁹⁸

Poitevin señala que la diversidad de las demandas asociadas a la Revolución requería una representación unificadora: «era indispensable contar con un líder capaz de unir y canalizar todo el entusiasmo de una enorme cantidad de nuevos grupos políticos. (...) La candidatura del doctor Arévalo fue secundada con entusiasmo por muchos grupos políticos, sindicatos y agrupaciones culturales, los que se congregaron en el Frente Unido de Partidos Arevalistas (FUPA), encabezado por el Partido Renovación Nacional y el Frente Popular Libertador. No tardó en convertirse en el candidato de la Revolución de Octubre». ⁹⁹

Esta indeterminación y heterogeneidad es enfatizada y resaltada por Torres-Rivas: «Los elementos más activos de la coalición arevalista —profesionales, estudiantes universitarios,

oficiales militares, artesanos, obreros— formaron tres partidos políticos, animados por una confusa voluntad modernizadora, sin ideología precisa, salvo la voluntad de construir un régimen democrático». El mismo Torres-Rivas describe el apoyo popular a Arévalo y la Revolución como «amplio, pero difuso». ¹⁰⁰

La elección de Juan José la resume Gleijeses en una afirmación: «El triunfo de Arévalo representó la victoria de la “revolución” —es decir, la victoria de nadie en particular». ¹⁰¹

BIBLIOGRAFÍA

84. Torres-Rivas, Edelberto. *Contrapunto entre reforma y revolución: La democracia en Guatemala y Costa Rica*. En Rovira Mas, Jorge (Ed.) *La democracia en Costa Rica ante el siglo XXI*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica – Fundación Friederich Ebert, 2001, pág. 23.
85. Poitevin, René. Historia política. En Berganza, Gustavo (Ed.) *Compendio de historia de Guatemala: 1944-2000*. Guatemala: ASIES – KAS – PNUD – Fundación Soros Guatemala, 2004, pág. 3.
86. Villagrán Kramer, Francisco. *Biografía política de Guatemala: los pactos políticos de 1944 a 1970*. Guatemala, Editorial Ciencias Sociales, 2009, pág. 31.
87. Novales Contreras, Hugo Carlos Fernando. *El socialismo espiritual y sus enemigos: el arevalismo como unidad política*. Universidad Rafael Landívar. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Tesis, 2013, pág. 27.

88. Gleijeses, Piero. *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y Estados Unidos, 1944-1954*, Editorial Universitaria, 1991, págs. 1-3.
89. *Ibidem*, pág. 33.
90. *Ibidem*, pág. 33.
91. Cardoza y Aragón, Luis. *Nuestra revista y su esperanza*, Revista de Guatemala, Año 1, Vol. 1, 1 de julio de 1945, Tipografía Nacional, pág. 6.
92. Galich, Manuel. *Por qué lucha Guatemala. Arévalo y Arbenz: dos hombres contra un imperio*, Buenos Aires, Elmer editor, 1956, pág. 73-80.
93. *Ibidem*, pág. 118.
94. Arévalo Bermejo, Juan José. *La Argentina que yo viví (1927-1944)*. Edición Carlos Balleza. B. Costa-Amic Editor, México, D.F., 1974, pág. 517.
95. Arévalo Bermejo, Juan José. *El candidato blanco y el huracán (1944-1945)*. Edición Héctor Cruz Quintana. Editorial Académica Centroamericana, S. A. Guatemala, págs. 9-10.
96. Torres-Rivas, Edelberto. *Ob. Cit.*, págs. 23-24.

97. Gleijeses. *Ob. Cit.*, págs. 39-41.
98. Villagrán. *Ob. Cit.*, pág. 37.
99. Poitevin. *Ob. Cit.*, pág. 8.
100. Torres Rivas, *Ob. Cit.*, pág. 25.
101. Gleijeses. *Ob. Cit.*, pág. 42.



En febrero de 1978, Arévalo escribió en la presentación de su libro *El Candidato Blanco y el Huracán*: «Devuelvo así al generoso pueblo de Guatemala, sólida y limpia, una figura juvenil, la del “Candidato Blanco”, que sirvió de estandarte en momentos en que la nación bregaba por imprimir a su democracia un nuevo sentido social. Arévalo y el arevalismo fueron la respuesta en aquel momento creador». Fotografía de dominio público.

LA FACULTAD DE HUMANIDADES (1931-1945)

El 12 de febrero de 1931, Juan José arribó a Guatemala en plan de vacaciones. Dos días después asumió la presidencia Jorge Ubico Castañeda, quien enfrentó la crisis del país al imponer orden con autoritarismo. Desde el principio de su régimen evidenció que no permitiría ninguna oposición o crítica en su contra. Era partidario de la obediencia y la efectividad. Su actitud intolerante impidió toda forma de organización sindical o política de izquierda. Controló los medios de prensa y radio. La férrea supervisión del sistema educativo se proyectó en la universidad nacional,

la cual «fue manejada como un instituto de segunda enseñanza desde la Secretaría de Instrucción».

Arévalo Bermejo constató prematuramente el autoritarismo gubernamental: «La Universidad de Guatemala, en manos de autoridades reformistas, aprovechando mi presencia en el país me solicitó una o dos conferencias. Di la primera sobre “La Nueva Universidad Argentina, el 6 de marzo, publicada más tarde en la Revista *Studium*. La segunda versó sobre “Cómo organizar una Facultad de Humanidades”. Estas dos conferencias cayeron en hora propicia, como si hubiesen sido una secuencia de los movimientos estudiantiles del año anterior. El licenciado Pedro Arenales dirigía la Universidad, en franca amistad con los estudiantes, y deseaba introducir transformaciones radicales. Los estudiantes “revolucionarios” del año anterior habían proclamado que sus ideas se inspiraban en las del movimiento argentino de

Córdoba, de 1918. Una conferencia mía sobre la Nueva Universidad Argentina era, en estas condiciones, agua saludable. Y como flotaba en el ambiente la urgencia de fundar una Facultad de estudios humanísticos, mi segunda conferencia (13 de marzo) proporcionó para el caso ideas concretas. La Facultad empezó a ser realidad en esos mismos días. Se eligieron sus autoridades provisionales. Por cortesía para conmigo, pues andaba de paso por el país, se me invitó a la sesión de la Asamblea Universitaria que debía reunirse el 28 de marzo, a las 10 de la mañana, en la Facultad de Derecho. Se proponía elegir en esa sesión la Junta Directiva Provisional de la Facultad. Quizá requerían mi presencia para que emitiera opiniones de asesor».

«Recuerdo que llegué a muy temprana hora hasta las puertas de la Facultad ese día 28, provisto de material impreso con el cual fundamentar mis

consejos. Las puertas, cerradas. Ubico ordenó clausurar la Facultad y el edificio estaba cercado por tropas. Nunca supe el porqué de aquella medida. Posiblemente el suceso tenía relación con cierto escándalo producido por los estudiantes que recibieron en esos días (26 de marzo) la visita de una Delegación de universitarios salvadoreños. Todos juntos fueron golpeados por la policía y varios durmieron en prisión. Se desencadenaron complicaciones internacionales. El temido “dictador” había entrado en acción y “mi” ubiquismo seguía desvaneciéndose». ¹⁰²

Catorce años después, Arévalo Bermejo asumió la presidencia de la República, el 14 de marzo de 1945. La universidad guatemalteca ya disfrutaba de autonomía, consagrada en el Decreto Número 12 de la Junta Revolucionaria de Gobierno. El gobierno autónomo inició el 1 de diciembre de 1944. El rector era el doctor Carlos Federico Mora,

quien renunció al cargo en marzo de 1945 debido a un incidente con los organizadores de la «Huelga de Dolores». El rector presentó su renuncia en los primeros días de abril de 1945.¹⁰³

El Consejo Superior Universitario nombró rector en funciones al decano más antiguo, licenciado Julio Valladares Márquez, quien estaba al frente de la Facultad de Ciencias Naturales y Farmacia. De acuerdo con las leyes y estatutos de la Universidad de San Carlos de Guatemala, se convocó al cuerpo electoral para designar un nuevo rector. El cargo recayó en el doctor Carlos Martínez Durán, médico de prestigio, humanista e identificado con los más altos intereses de la Universidad de San Carlos.

Arévalo ya había propuesto a la Universidad la fundación de la Facultad de Humanidades. Se comprometió a que el Organismo Ejecutivo

proporcionaría el dinero indispensable para su establecimiento.

El doctor Martínez Durán tomó posesión del cargo de Rector el 31 de agosto de 1945, para cumplir un período de cuatro años que concluiría en marzo de 1950.¹⁰⁴

Días después de la investidura del nuevo Rector, se inauguró la Facultad de Humanidades, el 17 de septiembre de 1945. Se organizó en estudios de Filosofía, Pedagogía, Historia y Literatura.

Juan José Arévalo Bermejo dio un discurso en la ceremonia de fundación de la Facultad de Humanidades. En el siguiente apartado se reproduce íntegramente su alocución. El presidente humanista señaló que las universidades se justifican por la calidad superior de sus maestros. Si en su seno no se encuentra esa clase de

docentes, lo mejor es cerrarlas para evitar que degeneren en negocio y simulación.

Arévalo sostiene que las universidades surgieron al alero de las Humanidades. En cada momento crítico de la cultura, siempre se aprecian las manos de los humanistas, «caudillos de la inconformidad». El influjo del Positivismo en Latinoamérica provocó que las universidades perdieran su esencia humanística hasta convertirse en centros de certificación profesional. Para Arévalo, «Son baluartes de la democracia, pues toda universidad bien organizada es, por esencia, una democracia». En relación con su misión, señaló: «La Facultad de Humanidades no está llamada a crear figuras políticas, pero sí a formar personalidades — figuras morales al servicio de la República—, cuyo ejemplo y palabras inspiren de fe, coraje y abnegación a la juventud».¹⁰⁵

Como primer Decano de la Facultad de Humanidades fue designado el licenciado José Rölz-Bennett (1918-1972), quien se graduó como abogado y notario en la Universidad Nacional. El 26 de junio de 1944, fue uno de los que firmaron la «Carta de los 311» dirigida a Jorge Ubico Castañeda. Este se convirtió en uno de los detonantes de la Revolución de 1944.

En 1945, Rölz Bennett fue diputado de la Asamblea Constituyente que promulgó la Constitución Política de ese año. Se desempeñó como docente del Departamento de Filosofía. Se destacó en el extranjero al ser nombrado Secretario General Adjunto de las Naciones Unidas en el período 1964-1972.

La primera junta directiva de la Facultad de Humanidades la integraron el poeta Alberto Velásquez; el educador Edelberto Torres; el antropólogo Antonio Goubaud Carrera; el escritor

Luis Cardozay Aragón, y el historiador y diplomático Ricardo Castañeda Paganini. El primer secretario de la junta directiva fue el doctor en pedagogía Raúl Osegueda Palala, quien luego fue sustituido por el licenciado Enrique Chaluleu Gálvez.

Los nuevos estudios humanísticos resultaron muy atractivos. A este hecho se aunó la alta calidad de intelectuales de sus primeros docentes, como Pedro Bosch Gimpera, Juan Mantovani, Luis Alberto Sánchez y varios profesores eminentes más. En la primera inscripción se registraron más de doscientos cincuenta estudiantes, en su mayoría provenientes del magisterio.¹⁰⁶

BIBLIOGRAFÍA

102. *La Argentina que yo viví (1927-1944)*. B. Costa-Amic Editor, México, 1974, pág. 227.
103. *Libro de Actas de las Sesiones del Consejo Superior Universitario*. Universidad de San Carlos de Guatemala, Acta No. 54 del 4 de abril de 1945. Citado por Augusto Cazali Ávila. *Historia Política de Guatemala, Siglo XX, Volumen II*. CEUR/DIGI, 2014, pág. 298.
104. *Libro de Actas de las Sesiones del Consejo Superior Universitario*. Universidad de San Carlos de Guatemala. Acta No. 74 del 30 de julio de 1945. Punto segundo. Citado por Augusto Cazali Ávila.
105. *Escritos Políticos y Discursos*. Cultural, S.A., La Habana, 1953, págs. 275-282.
106. Cazali Ávila, Augusto. *Ob. Cit.*, pág. 301.



«La Facultad de Humanidades no está llamada a crear figuras políticas, pero sí a formar personalidades — figuras morales al servicio de la República—, cuyo ejemplo y palabras inspiren de fe, coraje y abnegación a la juventud».

Discurso del 17 de septiembre de 1945.

Fotografía de dominio público

«LAS UNIVERSIDADES SON HIJAS DEL SABER HUMANÍSTICO»

El 9 de noviembre de 1944, la Junta Revolucionaria de Gobierno emitió el decreto Número 12 que en el artículo 3o. dispuso que la Universidad de San Carlos de Guatemala se integraba por siete Facultades, entre ellas la Facultad de Humanidades.

El proyecto de creación de la Facultad de Humanidades se presentó al Consejo Superior Universitario el 5 de diciembre de 1944. Cuatro días después, el Rector de la Universidad propuso integrar provisionalmente la Junta Directiva de

esa Facultad, según consta en Punto Tercero de la mencionada sesión.

El 17 de septiembre de 1945, por medio del acta No. 78 Punto Décimo Sexto, el Consejo Superior Universitario fundó la Facultad de Humanidades y se declaró que ese es el «Día de la Cultura Universitaria».

Durante el acto inaugural de la Facultad de Humanidades, el doctor Juan José Arévalo Bermejo dio el siguiente discurso en el Paraninfo de la Universidad:¹⁰⁷

«El señor rector de la universidad acaba de declarar fundada la Facultad de Humanidades de la Universidad de Guatemala. Le toca al presidente de la República el honor inusitado de decir en este centro de estudios superiores las primeras palabras.

Como un modesto y tenaz propugnador de esta fundación, comienzo por confesar que el acto al que asistimos agarra profundamente mi corazón de guatemalteco y mi cerebro de universitario. Escasas lecturas sobre la historia de la cultura universal alcanzan a indicarme la función rectora que las humanidades han desempeñado en los destinos de la sociedad humana. Y no por egoísmo profesional o por vanidad biográfica se me ocurre, en consecuencia, que al emplazar esta nueva facultad en el seno de la pergaminosa Universidad de San Carlos estamos imprimiendo con golpe violento de timón un rumbo muy nuevo a la cultura popular y a los destinos de Guatemala.

Dos palabras quiero decir nada más en esta oportunidad, referidas a lo que podríamos llamar la historia interna de las universidades.

Si nacieron con ocasión de los discursos de Buda, de los cantos homéricos o en la academia

platónica, eso es cosa de grata y prolongada investigación para el especialista. Si la enseñanza del derecho en la Roma Imperial constituía ya el motivo concreto de una vida universitaria, es cosa que se discute menos, y no podemos olvidar que fue en plena Edad Media cuando surgió rodeada de catedrales góticas, esta nueva catedral de la cultura que ahora llamamos la universidad.

Las universidades, sin embargo, nacieron ya con el signo de los discursos de Buda o de los cantos homéricos: con ese esquema inconfundible según el cual habla un sabio en presencia de espíritus calificados. Sabios andariegos y estudiantes insatisfechos trazaron en los caminos de la Europa naciente la historia de la universidad. Las universidades se justifican por los maestros que en ellas enseñan y si en ellas no hay maestros, lo mejor es cerrarlas porque degeneran en negocio y en simulación. La sabiduría de aquellos hombres

de la Edad Media fue una sabiduría beligerante. Era ya entonces la lucha de un Imperio contra el otro. El Imperio Romano, que había perdido en sus últimos siglos su investidura moral y su sentido histórico para convertirse en un reinado de la mediocridad y la brutalidad. Y otro imperio, organizado a la sombra de la Iglesia católica: el imperio de los valores superiores, el imperio de la humanidad sobre la animalidad: el imperio del saber sobre el poder y el placer. Este Imperio espiritual naciente aparece en los comienzos de la cultura medioeval como una evasión ante el otro imperio decadente; años más adelante, ya no como una evasión sino como una competencia de poder contra poder. Cuando el Imperio Romano había perdido ya su vigencia, las universidades reinaban universalmente. Abelardo substituyó a Nerón.

Los sabios justifican las universidades. Sabiduría religiosa en Buda, sabiduría humana en Homero,

sabiduría totalizada en Platón. Las universidades nacieron a la sombra del saber humanístico, pagano en sus comienzos, teológico en sus años de esplendor.

Pero si las universidades, hijas del saber humanístico, nacieron en plena beligerancia contra esa negación del saber que es la vida sensual, purgaron aquella especie de pecado original viviendo por los siglos en beligerancia interior. Fe y razón constituyeron el pretexto de la gran disputa cultural que jalona con nombres y fechas la historia de los primeros siglos de universidad. Al principio, en la iracunda disputa entre confesiones religiosas y luego, pasados unos siglos, la terrible disputa entre religión y ciencia. El primer saber humanístico que prendía lo humano de lo trascendental, se siente conturbado por la visión revolucionaria de una nueva concepción de lo humano asentado en lo circundante. El Derecho

y la Medicina gravitaban poderosamente en la nueva concepción de la vida. Las matemáticas y la geografía configuraron definitivamente aquel nuevo saber.

Pero esta rebelión de los experimentales desfiguró mucho la realidad moral. De aquella trascendencia, que era al fin de cuentas humildad, el asidero del saber humano vino a fincarse en un círculo estrecho que daba al hombre y a su inteligencia una seguridad engañosa y pedante.

Por eso, pasados los siglos, una nueva pugna se dibuja en las fronteras de las universidades, caracterizada por el retorno a la filosofía. A una razón sin alas, de tipo gallináceo, le discute sus seguridades demasiado mundanas una razón alada, creadora de mundos, es decir, de un múltiple sostén para nuestras angustias.

Esta historia de las disputas internas en la universidad sigue siendo la historia de las Humanidades. Los filósofos, los hombres de letras, los historiadores, son los caudillos de la disconformidad. En cada momento crítico de la cultura vemos siempre la mano omnipresente del humanista solitario y misántropo. Es que los verdaderos universitarios viven perpetuamente perfeccionando las líneas centrales de la catedral.

En la América Latina el viacrucis universitario tiene pasos parecidos, con variantes notables.

La pugna entre teología y ciencia terminó en las postrimerías de la colonia, cuando el eco de las batallas ideológicas de Europa llegaba a nuestras playas con demora y con imprecisión.

Pero la liberación de lo teológico en nuestras universidades no fue por cierto una liberación.

La pasión política en aquellos momentos impuso a la universidad modos oficiales de conducta, apagándose de este lado del mar la autonomía cultural de que todavía gozaban algunas grandes universidades de Europa.

La mayoría de las universidades de Latinoamérica fueron perdiendo su esencia humanística hasta convertirse en centros de cultura profesional. La Abogacía y la Medicina fueron las preferidas de la universidad, protegidas a su vez por el Estado. Mientras tanto, los llamados salones literarios y ateneos sustituyeron malamente a las facultades de Filosofía, que no en todas partes pudieron sobrevivir.

El Positivismo de fin de siglo acentuó demasiado estas líneas de las universidades empobrecidas de nuestra América. Hacia 1890 se produce en todo el Continente una rebelión de la opinión pública

contra la estructura de la Universidad; prendió en las laderas de los Andes este renacimiento caracterizado por una vuelta de la filosofía a su lugar natural.

Es justicia confesar que, en aquellas disminuciones de su esencia universal, las universidades latinoamericanas, pendientes del árbol del Estado, cumplieron una labor insigne de superación política. De ellas salieron hombres excepcionales que orientaron a las masas de la Independencia y configuraron un programa de vida para las repúblicas nacientes. La sumisión de las universidades al Estado no dejó de ser, como en venganza, una elevación en el manejo del Estado. Y si afinamos un poco nuestra inspección histórica, quizá tendremos que confesar que fueron las universidades latinoamericanas creadoras y baluartes de esta relativa democracia en que hemos podido vivir. Toda universidad es

por esencia una democracia y ahí donde haya universidad bien organizada, la democracia florecerá bajo su protección.

A la universidad de Guatemala se le aplican sin violencia estas apreciaciones. Ella ha sabido, a pesar de la orfandad económica y a pesar de sus mutilaciones de estructura, crear las reservas morales e intelectuales de que se ha nutrido nuestra historia. Universidad sin Facultad de Filosofía, nos ha dado sin embargo abogados rebeldes al código y médicos de envergadura apostólica. Si bien de sus claustros salió togado algún sombrío dictador, de sus claustros salieron también las antitoxinas democráticas que mantuvieron vivo el honor nacional debajo de tantas dictaduras.

Con todo, nuestra universidad estaba en deuda con la juventud de Guatemala. Le hacía falta esta cátedra desde la cual las vocaciones humanísticas pudieran ser disciplinadas y afinadas. Necesitamos

maestros para la juventud: necesitamos algo así como sacerdotes, encargados de decirnos por cuáles rumbos debe ir la nación. La mediocridad, el sensualismo y el mercantilismo, como en la decadencia del Imperio Romano, nos han empobrecido y nos están desquiciando. Los mejores valores sociales, las más puras esencias morales, todas las excelencias que se dan en el pueblo que habita este suelo carecen de conductores adecuados. La Facultad de Humanidades no está llamada a crear figuras políticas; pero sí a producir este tipo de personalidades por cuya conducta y por cuya palabra, la juventud de una nación se siente inspirada de fe, de coraje y de abnegación. No hay nada más desconsolador y nada más triste para un pueblo que mirar en sus hombres sobresalientes ejemplares torcidos por el vicio o por la voracidad de los bienes inferiores. Los últimos sucesos políticos que ensangrentaron el suelo patrio no pueden explicarse sino como una

desesperación de los guatemaltecos en presencia de aquel espectáculo romano de los emperadores borrachos, cubiertos de joyas y prontos para cualquier perversidad.

Creo fundadamente que nuestra Facultad de Humanidades, protegida por el Estado y por la juventud, será de hoy en adelante un factor para multiplicar figuras morales al servicio de la República».

BIBLIOGRAFÍA

107. Tomado del libro *Despacho Presidencial*, 1a. edición, reimpresión, páginas 97-104, editorial Óscar del León Palacios, 2008, pág. 97.



«Los filósofos, los hombres de letras, los historiadores, son los caudillos de la disconformidad. En cada momento crítico de la cultura vemos siempre la mano omnipresente del humanista solitario y misántropo».

Discurso del 17 de septiembre de 1945 al inaugurar la Facultad de Humanidades en el Paraninfo de la Universidad de San Carlos de Guatemala.

Fotografía de Boris De León.

LA HOGUERA INEXTINGUIBLE

En la *Carta Política al Pueblo de Guatemala* (enero 1963), Juan José Arévalo sostuvo que el país estaba al borde de una bancarrota fiscal y a las puertas de la hambruna. En ese tiempo podía esperarse un alzamiento popular, militar y civil provocado por el «hambre de pan», necesidad concreta y material diferente a la «sed nacional de dignidad» que produjo la insubordinación militar y civil de 1944.

El alzamiento contra Ubico se dio en una Guatemala en donde el hambre no era de comida

sino «de libertad en la calle y de decencia en los despachos oficiales». Esa lucha por la dignidad, lo catapultó como el líder que habría de «imponer los valores espirituales como norma de Gobierno».

Juan José no ocultó su cercanía con los ideales de Franklin Delano Roosevelt, si bien reconoció que su espiritualismo era de origen «filosófico universitario» frente al espiritualismo «filosófico eclesiástico» del norteamericano.

En la *Carta Política*, sostiene que la Revolución guatemalteca se cumplió «en dos etapas muy diferentes» y que «arevalismo y arbencismo empezaron a ser mirados como dos maneras distintas de gobernar». Juan José formuló serias acusaciones contra su sucesor, quien permitió «desviaciones» en el proceso revolucionario al intervenir en la vida sindical, reprimir la política partidista, corromper la Reforma Agraria, cometer delitos políticos, perder el contacto con la población

y al final renunciar «cobardemente» ante la presión estadounidense, con olvido de «sus deberes de jefe y de soldado».

Tras la «fuga de Arbenz» —como la califica Arévalo—, el Movimiento de Liberación Nacional se hizo con el poder. Su líder, Carlos Castillo Armas, gobernó de octubre de 1954 a julio de 1957 en que fue asesinado. Después de un lapso en el que hubo dos presidentes interinos y una Junta Militar, llegó al poder Miguel Ydígoras Fuentes, en marzo de 1958. Durante ese gobierno se dio el levantamiento militar del 13 de noviembre de 1960, cuyos cabecillas iniciaron el movimiento guerrillero que duro más de tres décadas.

Al acercarse el fin del período presidencial de Ydígoras se convocó a los comicios que debían realizarse en noviembre de 1963. Arévalo se encontraba exiliado en México. Una coalición de partidos le propuso la candidatura presidencial,

la cual aceptó por medio de la *Carta Política al Pueblo de Guatemala*. Clemente Marroquín Rojas la glosó críticamente y reconoció: «si Arévalo viene el 31 de este mes y lo recibe el “pueblo” que él espera, no habrá nada que le cierre el camino a la presidencia de la república. Las declaraciones del presidente Ydígoras no valen nada en este sentido; porque, siguiendo a Arévalo una buena parte del pueblo, salen sobrando policías, liberacionistas, ejército y cuanta fuerza se le quiera poner por delante». ¹⁰⁸

La popularidad del expresidente provocó alarma en las filas del Ejército y entre los sectores conservadores. Quienes recelaban su postulación lo acusaron de «comunista» y estar implicado en el asesinato del Jefe de las Fuerzas Armadas, Francisco Javier Arana.

La situación causó crisis cuando Arévalo se adelantó a ingresar a Guatemala el 30 de marzo

de 1963, para iniciar una campaña electoral con amplias posibilidades de triunfo. Al día siguiente, el Ejército destituyó a Ydígoras e instaló un gobierno militar encabezado por Enrique Peralta Azurdia. El temor de Estados Unidos de que un nuevo gobierno de Juan José Arévalo afectara sus intereses condujo a la aceptación del Golpe de Estado. Se inició así una época de dictaduras militares que se prolongó hasta enero de 1986.

La Carta Política sistematiza los ingredientes del «socialismo espiritual» de Arévalo, quien recibió gran influencia del «personalismo» de Eucken, a la par de su manifiesta afinidad con las ideas de Bergson, y la marcada preferencia por Platón. La tradición ética y espiritual del platonismo propone el Humanismo como una filosofía que enfatiza en la dignidad y el valor de la persona. La convicción de Arévalo también se inscribe en el tipo de gobernante pedido por Platón para conducir el

Estado: el descubridor de la realidad detrás de las apariencias y que, como educador, sea un pensador y hombre de acción que guíe hacia la luz de la sabiduría, a fin de romper las cadenas de la ignorancia.

El conglomerado político alrededor de Arévalo contaba con su propia doctrina denominada «socialismo espiritualista», el cual significaba una auténtica innovación filosófica para una Latinoamérica que se debatía entre el conservatismo, el liberalismo y el marxismo. Ese socialismo no se ceñía a la distribución de bienes materiales, la explotación de los recursos nacionales, ni al mejoramiento en general del nivel de vida. Más que eso, implicaba la liberación psicológica y moral, y la dignificación de cada hombre en la sociedad. La «columna vertebral» de esa doctrina «se contiene en el concepto de liberación: liberación moral y liberación económica.

Pero esta liberación, que parecería ser un concepto del viejo liberalismo, no es un concepto liberal, porque el liberalismo siempre habló de libertades individuales, defendió intereses individuales y estructuró un Estado poderoso, llamado a defender los intereses del individuo, respetando en todos los individuos los azares de la fortuna y los éxitos leguleyos.»

El «socialismo espiritual» es el antecedente de la Filosofía de la Liberación (FL), la más original sistematización filosófica realizada desde América Latina. Esta no es una «filosofía para filósofos» a la que se refirió Kant. La FL no renuncia a ser una reflexión estrictamente filosófica. Busca dar respuestas a la situación de sometimiento en la que viven los pueblos y las personas en el Sur subdesarrollado.

El platonismo de Juan José lo llevó a tomar distancia tanto del comunismo como del capitalismo y

reconocer al hombre como ser racional que posee en sí mismo la capacidad para hallar la verdad y practicar el bien. En la *Carta Política* advierte que «el olvido de los principios religiosos y de las normas morales nos conduce, como de retorno, hacia la animalidad». Por extensión, la zoología convertida en política lleva a la organización de dictaduras, totalitarismo, Estado policíaco, militarismo e imperialismo.

Voltear la mirada al Humanismo platónico, de la mano de Arévalo, es una labor también para los gobernados. Implica que los filósofos, los pensadores y los intelectuales tienen el deber, como ciudadanos, de formular propuestas comprensibles para la opinión pública y los gobernantes, no solo sobre lo que se debate, sino sobre lo que no se discute y se debería discutir. Su labor sería transmitir sus conocimientos para incidir sobre las acciones de gobierno que

redundan en beneficios para la colectividad. Así, el conocimiento requiere trascender los muros de la academia y transformarse en acción.

Para poder intervenir activamente en la crisis actual, la filosofía debería intentar reproducir el espacio del *ágora*, el cual ya no existe y que para los griegos era el sitio de encuentro y debate sobre la política en todos los sentidos de la palabra. Ese espacio debe ser reconstruido en el seno de la familia, en el ámbito de la amistad, en el trabajo y en la universidad.

El pensamiento de Juan José Arévalo mantiene su vigencia. Se apoya en tres ideales que los «demócratas» de hoy porfían en enunciar, pero muchas veces soslayan: el derecho a la discrepancia; el respeto por la diversidad cultural y política; y el enriquecimiento de la vida a partir de la educación. Estos ideales ardieron durante la Revolución de Octubre y, aunque disminuyeron

su intensidad, permanecen vivos. Solo falta el viento social que, al agitar esa hoguera espiritual, la alimente, pues ya no podrán extinguirla.

BIBLIOGRAFÍA

108. Marroquín Rojas, Clemente. La “*Carta Política*” del ciudadano Juan José Arévalo. Ed. San Antonio, Guatemala, oct. 1965, págs. 113-114.



Cartel de propaganda de la candidatura de Jacobo Arbenz Guzmán. Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica.

ÚLTIMA ESTACIÓN

La Universidad Nacional de Guatemala le otorgó el grado de Doctor Honoris Causa durante la campaña presidencial de 1944. En su discurso de aceptación de la distinción se refirió al derrumbe de dos despotismos tropicales en el período de cinco meses. A esas demoliciones concurrió la Universidad con el aporte primordial de sus estudiantes, «la fuerza moral más pura de la República». En lugar de ser refugio de aristócratas, la Universidad es empresa nacional en la que cada uno trabaja para la colectividad. En su seno

deben plantearse todos los problemas vitales para la Nación. El profesor que se olvida de sus deberes ciudadanos no es profesor ni ciudadano. El estudiante indiferente de la vida política no es universitario ni puede llamarse joven.¹⁰⁹

Desde el inicio de su gobierno (1945-1951), Arévalo continuó la Campaña de Alfabetización principiada por la Junta Revolucionaria de Gobierno en 1944. Creó las Misiones Ambulantes de Cultura Inicial, conformadas por un agrónomo, un estudiante de último año de la carrera de medicina, un oficial del ejército y un maestro, quienes se establecieron en lugares remotos durante el tiempo necesario para orientar a los pobladores en la solución de problemas cívicos, higiene, agricultura y cultura general.

Se reformaron los Planes de Estudio desde la Primaria hasta las Escuelas Normales, Comercio

y Bachillerato. Se fundó el Instituto Mixto Nocturno para permitir que la juventud trabajadora estudiara en horarios vespertinos y nocturnos.

Coadyuvó en la emisión de la Ley Escalafón del Magisterio para asegurar y dignificar la profesión docente. Fueron establecidas 750 Bibliotecas Mínimas para apoyar las labores escolares en toda la República. Cada biblioteca constaba de 66 volúmenes de Lenguaje, Geografía, Historia, Matemática, Ciencias Naturales, diccionarios, atlas, etcétera.

Principió la construcción del edificio para la Biblioteca Nacional y el Archivo de Gobierno. Dispuso la construcción de parques deportivos escolares en todas las cabeceras departamentales. El deporte, antes dependiente del Ministerio de Educación, obtuvo autonomía legal. La Ciudad de los Deportes fue erigida para realizar los VI

Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe de 1950.

Hubo gran impulso al desarrollo cultural y artístico. La Escuela de Danzas Clásicas fue creada en 1948. Se publicó la colección «El Libro de Guatemala» al igual que «Los Clásicos del Istmo», de autores centroamericanos. Una gran imprenta fue adquirida en el extranjero para producir cuadernos, folletos y libros requeridos por el Ministerio de Educación.

Un total de 105 «Escuelas tipo Federación», concebidas por Arévalo, se diseminaron por todo el país. A fin de eliminar la campana que interrumpe las clases y manda salir a recreo, este tipo de escuelas ofreció un patio para cada aula y así cada maestro dispusiera el tiempo de recreo para sus alumnos. Fueron ideadas para garantizar autonomía a los maestros y a los alumnos: «aulas autónomas para maestros autónomos, engarzadas en un todo material que es la escuela». Se

defendió la personalidad del maestro al atender sus razones para empezar o concluir las clases. Además, el salón de actos de la escuela servía a todos los habitantes del municipio para efectuar reuniones no escolares.¹¹⁰

Fueron creados el Instituto de Antropología, Etnografía e Historia; el Museo Nacional de Historia Natural; el Instituto Indigenista; la Dirección de Cultura y Bellas Artes y el Museo Colonial de La Antigua Guatemala. Se mandó a construir un nuevo edificio para el Conservatorio Nacional de Música.

En el orden de la cultura superior, la mayor obra de Arévalo Bermejo fue promover la fundación de la Facultad de Humanidades.

Juan José Arévalo entregó la presidencia al coronel Jacobo Arbenz Guzmán en marzo de 1951. Sirvió al nuevo régimen en la diplomacia,

pero tras el derrocamiento del gobierno propiciado por la *United Fruit Company*, el Departamento de Estado de los Estados Unidos y la Agencia Central de Inteligencia, buscó trabajo en el extranjero.

Entre 1959 y 1962 atendió tres cátedras de Historia de la Educación en la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela. A la vez, impartió el curso de Introducción a la Pedagogía en el Instituto Pedagógico de Caracas, dependiente del Ministerio de Educación de ese país.

Laboró de 1964 a 1966 como docente del Centro Latinoamericano para la Formación de Especialistas en Educación, en Santiago de Chile, contratado por la UNESCO. El mismo organismo internacional lo trasladó a México para trabajar como asesor pedagógico en el Centro para la Construcción de Escuelas en América Latina (CONESCAL), en cuya revista publicó el ensayo «Las tendencias pedagógicas modernas y la planeación del edificio

escolar». ¹¹¹ Revisó las doctrinas sobre la materia y llegó a la conclusión que el educador debe ser consultado por el arquitecto al diseñar un edificio escolar. Recordó la importancia de patios, aulas, talleres, gimnasios, espacios destinados al deporte escolar y laboratorios. Las aulas no serán del mismo tamaño ni la misma forma, sino estarán adecuadas a la índole del aprendizaje que allí se estimula. Así habrá aulas para música, aulas para geografía, aulas para matemática, etcétera.

De esos años es el trabajo doctrinario titulado «La Pedagogía como Política y la Política como Pedagogía».¹¹² El autor acusa a los gobiernos totalitarios de poner a niños y jóvenes al servicio de su política, «marcándolos con un prematuro compromiso ideológico». Se ignoró que eran personalidades en desarrollo y fue un «acto de violencia» su adhesión forzosa a un programa político. Esa es la Pedagogía transformada en Política. En sentido contrario, en la Democracia se

respeta ese proceso evolutivo, permitiéndose a niños y jóvenes que maduren de manera gradual. Al operar dentro de un marco legal y moral, la Democracia orienta con metas y ejemplos a esas primeras generaciones. La Política se convierte así en Pedagogía.

Luego de concluir el contrato con la UNESCO, trabajó en el área educativa del Instituto para la Integración de América Latina (INTAL), con sede en Buenos Aires. Ante esa entidad internacional presentó sus «Proposiciones para acelerar el proceso de integración latinoamericana en el orden educativo escolar», con fecha bonaerense de 1968.¹¹³ En ese texto sostuvo que el magisterio primario está en condiciones de promover la mentalidad integracionista, pues conforman el cuerpo social más estable y consciente de la «unidad de nuestras raíces histórico-políticas y de la unidad de nuestros destinos espirituales». Para lograr la colaboración del magisterio en

los esfuerzos de integración educativa, propuso la convocatoria de una conferencia preliminar conformada por técnicos de escuela primaria y representantes de los gobiernos.

En 1976, la Organización de Estados Americanos (OEA) lo invitó a dar una serie de conferencias en español en universidades del noreste de Estados Unidos, en las que sintetizó la aplicación de sus ideas políticas y educativas durante su período presidencial.

El Consejo Interamericano para la Educación, la Ciencia y la Cultura de la misma OEA le otorgó el Premio Internacional de Educación en 1981. Viajó a Buenos Aires en junio de ese año a recibir el galardón durante la Asamblea de Ministros de Educación que allí se reunió. Arévalo se reconoció como integrante del «magisterio batallador» de Latinoamérica. Consideró que en ese tiempo no

era el «pedagogo superior» en Guatemala, al contrario de lo estimado por los promotores de su candidatura. Aseguró que hacía falta que los gobiernos colocaran a los educadores eminentes en cargos para permitir la fecundación de su labor. Admitió que se hizo educador pues heredó la vocación de su madre y luego fue «normalista creyente y devoto».

Una beca de estudios lo llevó a Argentina, en donde sorbió «las esencias de la profesión en sus planos más elevados». Pese a sus estudios universitarios, se asumió como «típico producto cultural del normalismo guatemalteco, el cual supone una filosofía social reformista regeneradora, y supone una ética en la conducta pública». Admitió su respeto «casi religioso» por los alumnos y la postura firme de defender los derechos del magisterio. Ese mismo espíritu normalista lo demostró en el ejercicio del cargo de Presidente de la República

al anteponer los intereses de la mayoría de la población.

Hasta aquí los hitos más importantes del pensamiento filosófico y educativo de Juan José Arévalo Bermejo, antes de su fallecimiento en la ciudad de Guatemala el 7 de octubre de 1990. En este libro no abordo su desempeño político para no caer en las trampas que tiende el apasionamiento aldeano. Esta investigación se circunscribe al campo de la «cultura intelectual», como él mismo denominó, donde su figura tuvo un relieve internacional. Esta circunstancia lo convierte en un paisano inevitable.

Arévalo es un autor extraviado. Tuvo el coraje y la lucidez de mantenerse equidistante tanto del socialismo soviético como del capitalismo deshumanizado. Este equilibrio solo podía alcanzarse por medio de una postura filosófica que él denominó *socialismo espiritual*. Es una

formulación que surge del liberalismo con sentido socializante. El liberalismo enfatiza en el valor de la personalidad individual. El socialismo es una ética, pues plantea solucionar los problemas sociales antes de atender los intereses particulares. El liberalismo y el socialismo no se contradicen, pues, aunque el primero tiene consecuencias en la vida económica, su verdadero ámbito de acción es la vida espiritual. La defensa de la dignidad humana no es incompatible con una justa regulación de la economía pública. La socialización de los servicios públicos es posible en la seguridad ciudadana, la educación y otros rubros, lo cual no obliga a extender la socialización hacia la agricultura, el comercio y la industria.

El pensamiento de Arévalo Bermejo, puesto en práctica durante el período de su presidencia, era de un liberalismo social en el plano filosófico. Su método de gobierno fue democrático, es

decir, procuró cierta socialización con un respeto irrestricto de la persona individual. A mi parecer, esa es la esencia revolucionaria de su vida y obra. Con este estudio espero contribuir a la reflexión sobre la vigencia de sus principios doctrinarios.

Guatemala fue uno de los escenarios más intensos de la Guerra Fría. El fratricidio que insisten en denominar «conflicto armado interno», además de sus altísimos costos en vidas humanas afectó el amplio espectro cultural. De la misma manera que se requiere la recuperación de la memoria histórica para construir una nueva Guatemala libre de injusticias y abusos, es ineludible rescatar el pensamiento de los autores fundamentales, a fin de reconstruir las reservas espirituales de que se ha nutrido nuestra historia.

La globalización de la mediocridad, la cotidianidad del sensualismo y el predominio del mercantilismo nos empobrecen y envilecen cada vez más. Para

enfrentar esa marea indetenible es necesario voltear la mirada a figuras como Juan José Arévalo Bermejo.

Este estudio busca un reencuentro con un pensador primordial, quien nos heredó una serie de claves para comprender Guatemala. El esfuerzo nos conducirá a un mejor conocimiento de nosotros mismos, que nos dote de firmeza, entusiasmo y fe para lograr la ansiada emancipación mental.

Un primer paso puede ser retomar las enseñanzas del doctor Arévalo, las cuales no trato de sancionar o clasificar. Mi propósito es emprender el mejor homenaje de la lectura de sus obras, con la retina limpia y el corazón en la mano.

BIBLIOGRAFÍA

109. *Escritos filosóficos y pedagógicos. Ob. Cit.*, págs. 155-160.
110. *Qué significan las Escuelas 'Federación' (Solución guatemalteca en un conflicto universal entre la arquitectura y la pedagogía)*. Publicado por el Gobierno de Guatemala en octubre de 1949. En: Arévalo, Juan José: 1974. *La Personalidad, la Adolescencia, los Valores (y otros escritos de Pedagogía y Filosofía)*. Editorial José de Pineda Ibarra, Guatemala, págs. 559-575.
111. Incluido en *La Personalidad, la Adolescencia, los Valores. Ob. Cit.*, págs. 589-598. Publicado inicialmente en *Conescal 7*, Revista del Centro Regional de Construcciones Escolares para América Latina, México, 1967.
112. *Ibidem*, págs. 577-588. La primera publicación fue en la revista «Panoramas», número 7, enero-febrero 1964, Centro de Estudios y Documentación Sociales, México.
113. Incluido en *Escritos Complementarios. Ob. Cit.*, págs. 233-257.

¡Viva Arévalo!



Fotografía proporcionada por
Bernardo Arévalo De León

BIBLIOGRAFÍA

- Arévalo Bermejo, Juan José. *Geografía Elemental de Guatemala*. Editores Byron Zadik & Cia. Guatemala, 1936. Dibujos cartográficos de J. Galguera.
- *Escritos Pedagógicos y Filosóficos*, Guatemala, Tipografía Nacional, 1945.
- *Discursos en la Presidencia*, Guatemala, 1947.
- *La Pedagogía de la personalidad*. Guatemala: Editorial Tipografía Nacional, 1948.
- *Viajar es vivir*. Tipografía Nacional, Guatemala, 2a. edición, 1950.
- *Escritos Políticos y Discursos*. Cultural, S.A., La Habana, 1953, págs. 275-282.
- *La inquietud normalista. Estampas de Adolescencia y Juventud*. 1921-1927, 1a. Edición, Editorial Universitaria de El Salvador, 1970.

- *Lo que no dije en Memorias de Aldea*. Editorial José de Pineda Ibarra, Ministerio de Educación, Guatemala, 1973.
- *La Argentina que yo viví (1927-1944)*. Edición Carlos Balleza. B. Costa-Amic Editor, México, D.F., 1974.
- *Qué significan las Escuelas 'Federación' (Solución guatemalteca en un conflicto universal entre la arquitectura y la pedagogía)*. Publicado por el Gobierno de Guatemala en octubre de 1949. En: Arévalo, Juan José: 1974. *La Personalidad, la Adolescencia, los Valores (y otros escritos de Pedagogía y Filosofía)*. Editorial José de Pineda Ibarra, Guatemala, págs. 559-575.
- *Memorias de aldea*, 2a. Edición. Edita, Guatemala, 1980.
- *El candidato blanco y el huracán (1944-1945)*. Edición Héctor Cruz Quintana. Editorial Académica Centroamericana, S. A. Guatemala, 1984.

- *El Concepto de Amistad según los escolares*. CENALTEX, Ministerio de Educación, 1985.
 - *Escritos Complementarios*. Cenaltex, Ministerio de Educación, Guatemala, 1988.
 - *Escritos Complementarios* (2a. edición), Editorial Cenaltex, Guatemala, 1989.
 - *Despacho Presidencial*, 1a. edición, reimpresión, editorial Óscar del León Palacios, 2008.
- Biagini, Hugo E. *Espiritualismo y Positivismo*. En: *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Arturo Andrés Roig (ed.), *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Trotta, 2000.
- Capitán Díaz, Alfonso. *Humanismo pedagógico en la España Contemporánea (1875-1951)*. Revista española de pedagogía, 2002.
- Cardoza y Aragón, Luis. *Nuestra revista y su esperanza*, Revista de Guatemala, Año 1, Vol. 1, 1 de julio de 1945, Tipografía Nacional.

— *La revolución guatemalteca*, Ediciones Cuadernos Americanos, México, 1955.

Cazali Ávila, Augusto. *Historia Política de Guatemala, Siglo XX, Volumen II*. CEUR/DIGI, 2014.

Guillén, Fedro. *Con el Doctor Juan José Arévalo*. Revista Tareas, No. 7, Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA), Panamá, 1962.

Echeverría de León, Erick Hélmuth. *El concepto de persona en Juan José Arévalo*, tesis, Universidad Rafael Landívar, Facultad de Humanidades, 2014.

Galich, Manuel. *Por qué lucha Guatemala. Arévalo y Arbenz: dos hombres contra un imperio*, Buenos Aires, Elmer editor, 1956.

Gleijeses, Piero. *La esperanza rota. La revolución guatemalteca y Estados Unidos, 1944-1954*, Editorial Universitaria, 1991.

Heidegger, Martin. *Carta sobre el Humanismo*, Buenos Aires, 1981.

Hernández Pardo, Héctor. *Luz para el siglo XXI. Actualidad del pensamiento de José Martí*. Ediciones Libertarias, Madrid, 2000.

Jaeger, Werner, *Paideia*, FCE, México, 2004.

Jelin, Elizabeth. *¿De qué hablamos cuando hablamos de memorias?* Los trabajos de la memoria. Siglo Veintiuno editores, España, 2001.

Larroyo, Francisco. *La Filosofía Iberoamericana*. 1978, 2a. Ed. Porrúa, México, 1978.

Lértora Mendoza, Celina A. *Recepción de ideas filosóficas. Problemas metodológicos e histórico-críticos de su investigación. Estudio de caso: la filosofía argentina de 1890 a 1920*. Cuadernos del Sur. Filosofía 31-32, 2001.

Marroquín Rojas, Clemente. *La “Carta Política” del ciudadano Juan José Arévalo*. Ed. San Antonio, Guatemala, 1965.

Novales Contreras, Hugo Carlos Fernando. *El socialismo espiritual y sus enemigos: el arevalismo*

como unidad política. Universidad Rafael Landívar. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Tesis, 2013.

Poitevin, René. Historia política. En Berganza, Gustavo (Ed.) Compendio de historia de Guatemala: 1944-2000. Guatemala: ASIES – KAS – PNUD – Fundación Soros Guatemala, 2004.

Rodríguez Martínez, Jorge Mario. *Juan José Arévalo: La pedagogía Filosófica como guía de la transformación política*. En Educadores en América Latina y el Caribe del siglo XX al XXI. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2011.

Salazar, Ramón A. *Justo Rufino Barrios*. El Progreso Nacional, 9 de abril de 1895, 2(30): págs. 41-44.

Sarramona, Jaume. *Fundamentos de Educación*. Ediciones Ceac, Barcelona, 1997.

San Agustín, *De vera religione*, 39,72. En Clemente Fernández (comp.), Los filósofos medievales, vol. I.

Scheler, Max. *Sociología del saber*, Madrid, Revista de Occidente, 1935.

Torres-Rivas, Edelberto. *Contrapunto entre reforma y revolución: La democracia en Guatemala y Costa Rica*. En Rovira Mas, Jorge (Ed) *La democracia en Costa Rica ante el siglo XXI*. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica – Fundación Friederich Ebert, 2001.

Ureña, Enrique M. y Pedro Álvarez Lázaro (eds.). *La actualidad del krausismo en su contexto europeo*. Editorial Parteluz, Madrid, 1999.

Valle, Rafael Heliodoro. *Historia de las Ideas Contemporáneas en Centro América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960.

Villagrán Kramer, Francisco. *Biografía política de Guatemala: los pactos políticos de 1944 a 1970*. Guatemala, Editorial Ciencias Sociales, 2009.

Juan José Arévalo Bermejo (1904-1990) admitió que se hizo educador al heredar la vocación de su madre. Luego fue «normalista creyente y devoto».

Esta investigación se circunscribe al campo de la «cultura intelectual», como él mismo denominó, donde su figura tuvo un relieve internacional. Su pensamiento de un liberalismo social en el plano filosófico lo puso en práctica durante el período de su presidencia (1945-1951).

Con la publicación de este libro, el Instituto de Análisis e Investigación de los Problemas Nacionales de la Universidad de San Carlos (IPNUSAC) busca contribuir al reencuentro con un pensador primordial. Juan José Arévalo nos heredó una serie de claves para comprender Guatemala y lograr la emancipación mental.